

FLECHA ESTELAR

Glenn Parrish

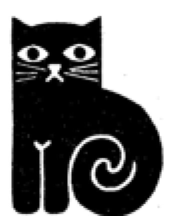
CIENCIA FICCION

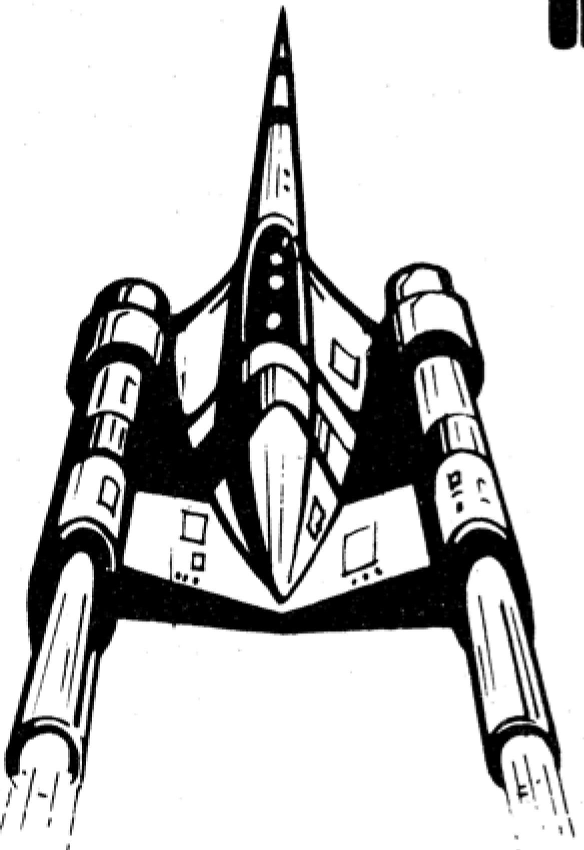


FLECHA ESTELAR

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

467 — *El mundo del viento cósmico* — Curtis Garland

468 — *La diosa que llegó de las estrellas* — Ralph Barby

469 — *La muerte helada* — Ralph Barby

470 — *En las fronteras galácticas* — A. Thorkent

471 — *Retrato de un hombre imposible* — Kelltom McIntire

CLARK CARRADOS

FLECHA ESTELAR

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 472

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.358 – 1979

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1979

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba completamente dormido y yacía sobre la mesa situada en el interior de un cubículo completamente transparente, con la amplitud suficiente para permanecer allí sin la menor incomodidad. Sobre el techo horizontal de la pequeña construcción, situada a su vez dentro de una espaciosa habitación, con paredes pintadas en suaves colores, había una especie de cúpula semiesférica de la que partían varios gruesos cables que desaparecían en el techo situado a unos cuatro metros del suelo.

Había también aparatos de control y medida, con las correspondientes pantallas, y una consola de mandos, frente a la cual se hallaba situado un sujeto de unos sesenta años y aspecto enérgico. El profesor Braddox vestía, como sus ayudantes, un mono de tejido blanco, pero en la presente ocasión, su habitual expresión de firmeza había sido sustituida por otra en que aparecían claramente la duda y la incertidumbre.

—¿Saldrá bien? —murmuró, ya con el índice en el botón que pondría en funcionamiento la maquinaria.

—¡Animo, profesor! —dijo uno de los presentes—. Todo ha sido calculado milimétricamente. Sus cálculos fueron encomendados a distintas computadoras y todas dieron la misma respuesta: exactos y posibles.

—No puede fallar —exclamó otro.

Un tercero se mostró de acuerdo con los anteriores. La seguridad en el resultado positivo del experimento era absoluta.

—Está bien —dijo Braddox al fin—, conecten las pantallas de TVI.

En uno de los muros de la pared se encendieron varias pantallas, todas ellas conectadas a sendas cámaras que mostraban distintos planos de una estancia, con instalaciones análogas a las suyas. La televisión instantánea mostraba imágenes de un laboratorio situado en un sistema solar distinto, a veintidós años luz de distancia.

—Estamos listos, profesor —dijo uno, situado en uno de los primeros planos de la pantalla central.

Braddox inspiró con fuerza.

—Perfectamente —dijo.

El índice presionó el botón sobre el que se hallaba apoyado y la maquinaria se puso en funcionamiento.

Durante unos segundos, no ocurrió nada. Luego, de pronto, el cuerpo situado sobre la mesa, en el interior del cubículo, pareció perder consistencia. Daba la sensación de ser de cera que se fundía, debido a un exceso de temperatura.

La masa de piel y músculos empezó a fluir en densos arroyos, que corrían muy despacio sobre la mesa. Pero, súbitamente, se vio surgir un remolino que giraba con velocidad de vértigo en el interior del cajón transparente.

Ya no había forma humana en aquel cuerpo. Sólo era una masa informe, de repugnante color rojizo, que giraba a velocidad increíble, hasta el punto de no apreciarse ningún detalle de relieve, pero, al mismo tiempo, parecía también una cosa viva, que quería escapar, ascendiendo, al girar, hacia el punto central de la cúpula de la que arrancaban los cables exteriores.

Se oyó un grito femenino y el ruido de un cuerpo al chocar contra el suelo. Una de las ayudantes de Braddox, incapaz de resistir aquel horrible espectáculo, se había desmayado.

Sonaron exclamaciones de repugnancia. Un ayudante corrió al vecino cuarto de baño, incapaz de mantener la estabilidad de su estómago.

Mientras, aquella horripilante masa rojiza seguía girando a gran velocidad, y ahora parecía un ser vivo que quisiera desesperadamente huir de su encierro. Era una especie de cilindro, terminado en punta, la cual golpeaba incesantemente el techo del cubículo, pero sin llegar a perforarlo en ningún momento.

Bruscamente, alguien lanzó un agudo grito:

—¡Basta, basta!

Braddox parecía anonadado por el fracaso. Tuvo que ser uno de sus ayudantes el que desconectara la maquinaria, suspendiendo así el giro de aquella masa que había sido minutos antes un hombre.

La pasta sanguinolenta dejó de girar y empezó a caer, desparramándose por el interior del cajón de vidrio como si fuese el contenido de un gran cubo que alguien hubiera volcado allí malévolamente. Aquella masa, en realidad, era un organismo humano,

huesos, músculos, vísceras, todo convertido en una abigarrada mezcla, en la que nadie, de no estar previamente enterado, habría sabido que era todo lo que quedaba de una persona.

Pero, de pronto, uno de los ayudantes palmeó los hombros de Braddox y, sonriendo, le dijo:

—¡Ánimo, profesor! Este no ha sido más que el primer paso y un día conseguirá usted el triunfo definitivo.

— Pero… ¿dónde conseguiré más sujetos para mis experimentos? —se lamentó Braddox.

—No se preocupe, profesor; lo que sobran son criminales como este que acaba de convertirse en pasta —fue la cínica respuesta del ayudante.

* * *

El coche se paró de pronto… Jason Brett examinó el cuadro de instrumentos. La unidad de energía se había agotado.

Los azules ojos de Brett escrutaron el desolado panorama que se extendía ante él. En cuanto alcanzaba la vista, no se divisaba una sola planta, un pequeño matojo, nada en absoluto, ni el menor síntoma de vegetación. Sólo había arena amarillenta y rocas negruzcas, calcinadas por el sol abrasador de incontables centenales de siglos.

—Pues sí que la hice buena al venirme a Rhador. —murmuró.

Claro que en la Tierra, últimamente, su situación se había hecho un tanto incómoda, por lo que no había tenido otro remedio que emigrar. Pero en Rhador no se habían mostrado demasiado conformes con sus actividades y muy pronto…

Sacudió la cabeza. Era inútil pensar en el pasado. No servía para nada. El presente era lo que interesaba.

Al cabo de unos segundos de meditación, descolgó el micrófono de la radio y llamó:

—Aquí, UE 33. Conteste Central, por favor.

—Aquí Central. Adelante Unidad Experimental 33. Informe, por favor.

—Unidad de energía agotada. Distancia recorrida, dos mil cuatrocientos kilómetros. Calculo hallarme a unos seiscientos

kilómetros al sur del centro del desierto de Nikkim. Si los datos que tengo son correctos, el desierto tiene, en longitud, unos cuatro mil seiscientos cincuenta kilómetros de largo por cuatro mil de ancho, ¿no es cierto?

—Cierto —continuó la Central.

—Entonces, por el sur me quedan todavía mil ochocientos kilómetros y unos dos mil al este o al oeste.

—Exacto.

—El coche se ha parado. No puedo seguir adelante.

—Lo sabemos. Mala suerte para usted. Sabemos de alguien que pudo, hace muchísimos años, atravesar a pie ese desierto, pero tuvo la suerte de hacerlo en época de lluvias. Y todavía fallan cinco o seis meses para que caigan las primeras gotas.

—Eso debe de ser una fábula —rio Brett—. Aquí no llueve nunca, pero no puedo quejarme; yo mismo elegí esta prueba.

—Sí, lo sabemos,

—En tal caso, adiós.

—Oiga —dijo la Central—, nosotros pensamos en todo. Levante su asiento. Verá una caja oblonga, de metal negro. Ábrala, encontrará dos píldoras. Tómeselas con un sorbo de agua. Pronto tendrá mucho sueño... y no se despertará ya. Es una muerte muy dulce, UE 33, se lo aseguro.

—¿Ha probado usted esas píldoras? —rio Brett.

—Es mejor que cocerse al sol. Acabará en diez minutos, sin sufrimiento.

—Muy bien, puede que tome las píldoras. Central, aquí se corta el diálogo. Deséeme un tránsito breve.

—Adiós, UE 33.

Brett colgó el micrófono de la horquilla y lanzó una alegre carcajada.

—Estúpidos —apostrofó a los que se hallaban en la Central, a miles de kilómetros de distancia—. Conque las píldoras para acabar pronto, ¿eh?

Volvió a mirar a su alrededor. Agotada la unidad de energía, que suministraba fuerza al motor del coche, el sistema de refrigeración había dejado lógicamente de funcionar y la temperatura se elevaba ya en el interior de la burbuja de plástico que era la cabina. Había cortinillas que podían proporcionar sombra, pero el calor interior aumentaba lenta e inexorablemente.

Brett se dijo que debía actuar con rapidez. Todavía eran las tres de la tarde. Anochecería sobre las siete y era imposible permanecer en aquellas condiciones. No había rocas elevadas que le proporcionasen sombra suficiente, lo que le habría ahorrado cuatro horas de consumo de energía, pero tampoco era para lamentarlo demasiado.

Abrió la portezuela y saltó al suelo. El coche estaba situado sobre cuatro enormes ruedas tipo balón, lo que le permitía moverse por toda clase de terrenos y remontar fuertes pendientes sin ningún esfuerzo suplementario. El material de las ruedas era una especie de goma durísima, pero flexible y absolutamente intraspasable, lo que suprimía el riesgo de los pinchazos a causa de un suelo accidentado. Se habría necesitado algo parecido al impacto de una granada de 40 mm para agujerear uno de aquellos neumáticos. Brett sabía que las pruebas hechas con cañones de 20 y 30 mm habían resultado altamente satisfactorias.

Pero había algo que era imposible evitar, y eran las irregularidades del terreno. En una carretera asfaltada, el coche podría haber llegado a los doscientos kilómetros por hora, pese a su feo y nada aerodinámico aspecto. En el desierto de Nikkim la máxima velocidad conseguida, en pocas ocasiones y durante muy cortos espacios de tiempo, había sido de cincuenta kilómetros por hora.

En realidad, viajar en aquel vehículo había sido como hacerlo en un barquito de vela y con mar fresca. Los balanceos eran continuos y había momentos en que Brett había llegado a sentirse auténticamente mareado.

La unidad de energía, se dijo, habría sido más que suficiente para atravesar el desierto si hubiese podido rodar a una velocidad media de cien o ciento veinte por hora. Yendo tan despacio y debiendo contar, además, con la energía consumida por el sistema de refrigeración, lo extraño era que hubiese podido llegar tan lejos.

Pero los de la Central ignoraban la clase de hombre que tripulaba aquel coche. Riendo maliciosamente, Brett se acercó a la puerta inferior de la caja, en donde había un pequeño almacén con víveres y un repuesto de agua. Había hecho un consumo muy discreto tanto de

comida como de bebida, por lo que el problema de la alimentación podía considerarse como resuelto.

Una de las cajas de víveres tenía la indicación de: CONSERVAS DE CARNE. Brett se echó a reír, una vez más, y sacó la caja fuera. Con una palanca, que encontró en el departamento de herramientas, levantó la tapa de la caja y una unidad de energía, flamante, intacta, con toda su fuerza almacenada en el interior de la estructura de color negro, quedó ante sus ojos.

En realidad, era una potente batería eléctrica con fuerza suficiente para mover pesados camiones de carga y aun helimóviles ligeros. Bastaba quitar la batería agotada y colocar la nueva para que el coche pudiera funcionar durante otros dos mil cuatrocientos kilómetros,

Brett se divertía mucho pensando en las caras que pondrían los componentes del Tribunal Penal Experimental que le habían condenado, si supieran su situación actual. Pero los hombres de TPE eran, en cierto modo, gente rutinaria y no se habían preocupado de profundizar en la psicología del condenado.

La nueva unidad de energía estuvo pronto en su sitio. Brett comprobó el perfecto funcionamiento de todos los instrumentos. Cerró la cúpula y, a los pocos momentos, sintió un agradable descenso de temperatura.

Entonces arrancó y se dispuso a ir en busca de la salvación, a mil ochocientos kilómetros de distancia.

CAPÍTULO II

Parecía increíble, se dijo Brett, cuarenta y ocho horas más tarde, mientras se disponía a zambullirse en las frescas aguas del lago, en cuya orilla había acampado no hacia un cuarto de hora. A menos de treinta kilómetros de distancia estaba el desierto, feroz, abrasador, un lugar donde la vida era imposible. Ahora, allí, había agua y vegetación en abundancia. También había vida animal; abundaban las aves acuáticas y un gran rebaño de gamos había escapado, asustados sus componentes por la llegada de lo que, sin duda, les había parecido un monstruo que se disponía a devorarlos.

En el coche no había armas, pero sí herramientas. Brett pensó que debía construirse armas arrojadizas para cazar y comer carne fresca. Apenas si le quedaban media docena de latas de comida, ya que una de las cajas de víveres había sido empleada para ocultar la unidad de energía de repuesto, que alguien le había proporcionado subrepticiamente. Brett se preguntó cuándo vería a la hermosa sargento de policía, que había caído en sus redes amorosas. Tardaría mucho, si sucedía algún día

El baño le dejó como nuevo. Empezó a pensar en la posibilidad de establecer un campamento permanente en aquellas regiones. Los informes que tenía hablaban de que era una región deshabitada. Durante una larga temporada, sí, le convendría vivir en soledad. Luego...

Encontró un manzano silvestre y comió un par de manzanas, frescas y jugosas. Luego empezó a trazar planes serios para su vida en aquellos parajes.

Al revisar el contenido del cajón de herramientas, encontró algo que le hizo reflexionar profundamente. En aquel departamento no sólo había elementos para reparar averías, sino objetos que, en apariencia superfluos, tenían un fin claramente determinado.

¿Cómo era posible que se hubiesen dejado aquellas cosas?

La respuesta sólo podía ser una. Aquella sargento de policía era... un ángel, pensó.

Una hora más tarde, había instalado el receptor de energía solar que le permitiría recargar la batería del coche. En dos horas más, la unidad de energía estaría de nuevo al completo de su capacidad. Y

con el receptor, podría recargarla siempre que le hiciera falta, lo que le aseguraba la posibilidad de moverse con el coche, sin limitación de tiempo ni espacio.

«A menos que me encuentre con los esbirros del TPE», se dijo, ya por la noche, mientras devoraba el contenido de una terrestre lata de carne con patatas y guisantes.

A la mañana siguiente, y tras un sueño reparador, se decidió a explorar los alrededores del campamento. Cerca del mediodía, divisó una aglomeración de rocas, situada a unos doscientos metros del lago. Le pareció ver una cueva en uno de los farallones, y a unos ocho o diez metros del suelo. Podía ser un buen lugar para establecer allí su residencia.

Resuelto, avanzó hacia las rocas. De pronto, notó que cesaban los furiosos aguijonazos del sol.

Estaba en un lugar abundante en hierba, pero despejado de árboles, por lo que la sombra resultaba incongruente. Al alzar la vista, divisó una aeronave que descendía hacia él con tremenda rapidez,

Brett maldijo entre dientes. En el vientre de la nave, además de las cifras de identificación, se veía un escudo ovalado, en rojo, con dos rayos zigzagueantes de oro en aspa y dos letras azules sobre la intersección de aquéllos. Las iniciales P y E hicieron ver a Brett bien pronto quiénes eran los ocupantes de la nave.

Pero aún tenía ciertas posibilidades de escapar. Era joven, robusto y no le faltaba agilidad. Si conseguía llegar a las rocas...

Los esbirros de la policía de Energía tendrían que desembarcar para capturarle; dividirían sus fuerzas, él podría sorprender a uno, arrebatarle el arma, amenazar luego a los otros... y hasta apoderarse de la nave. Era algo muy difícil, pero valía la pena intentarlo. Permanecer inmóvil, sin hacer nada, era tanto como ofrecerse mansamente a la cuchilla del verdugo. Y no estaba dispuesto a portarse como un borrego.

Echó a correr. Cubrió diez, veinte, treinta metros... De repente, sintió que le rociaban con una manguera. Todo su cuerpo quedó empapado de líquido en contados segundos.

Siguió corriendo. Pero, de súbito, aquel líquido empezó a espesarse, solidificándose sobre su cuerpo... Empezó a tener dificultades en mover los brazos y las piernas... Era como si estuviese preso en una red, cuyas mallas se contrajesen con enorme rapidez.

Diez segundos más tarde, absolutamente imposibilitado de hacer el menor movimiento, cayó al suelo.

* * *

A pesar de todo, podía ver y respirar. Aquella extraña sustancia afectaba solamente a sus músculos. Era como si miles de arañas le hubieran envuelto con sus hilos, convirtiéndole prácticamente en una estatua.

Se resignó. Ahora, los esbirros de la PE le...

Varias personas descendieron de la nave, que ya se había posado en el suelo. Todos ellos llevaban los clásicos uniformes de color gris oscuro, sin el menor adorno, salvo la placa con el emblema del cuerpo en el lado izquierdo del pecho.

En torno a la cintura llevaban un ancho cinturón, del que pendía una pistola de choque. El arma llevaba también un cañón radiante, que sólo se utilizaba en casos muy extremos. Normalmente, era suficiente con el cañón de choque.

La única concesión al color eran las insignias de los grados. Brett vio un sargento, tres círculos rojos, en fondo amarillo, y un capitán, tres círculos de oro en fondo azul. El capitán era una mujer.

Y joven, ya que no parecía tener más de veinticinco años. El pelo era oscuro y estaba sujeto en un moño, atado en la nuca. Sobre la cabeza llevaba la gorrilla del uniforme, del mismo color que el traje.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó ella.

—¿Importa mucho? En lugar de saber mí nombre, tendrías que preocuparte de dar el tuyo, así como tu grado y los motivos por los cuales me has cazado como un animal salvaje.

—Soy la capitán Tamara Gölh, comandante del Séptimo Destacamento, Ciento Veinte Escuadrón de la Policía de Energía —dijo ella—. En cuanto a los motivos de tu captura. Son, simplemente, ausencia de cooperación cívica.

—¿Cómo? —respingó Brett—. ¿Qué significa eso?

—Dime tu nombre —pidió Tamara.

—Jason Brett. Y estoy aquí...

—Sin trabajar y hurtando tu inteligencia y la fuerza de tus brazos

a la labor común. Por tanto, y en uso de las prerrogativas que me confieren las leyes, te declaro arrestado y en situación de ser conducido hasta un tribunal competente, que será el que decida sobre la sanción que se te debe imponer.

—¡Pero eso es un absurdo! Yo ya...

De repente, alguien se asomó a la nave y llamó a la joven:

—¡Capitán Gölh! Llamada urgente del Centro de Energía.

—Voy ahora mismo —dijo ella—. Sargento, vigile al prisionero.

—Sí, señora.

Tamara se alejó con paso vivo. Brett maldecía entre dientes. Una joven tan hermosa, de rostro tan dulce... y con el corazón de una hiena. ¿Por qué había tenido tan mala suerte?, se lamentó.

Ella regresó minutos después.

—Habíamos informado de tu captura al Centro y allí han decidido ya tu castigo —anunció.

—Pero ¿no dijiste que me llevarías ante un tribunal? —se asombró Brett.

—Las decisiones del Centro son inapelables —declaró ella—. De todos modos, el castigo que se te va a imponer, te deja la posibilidad de continuar en libertad, una vez cumplido, sin que nadie vuelva a molestarte.

—Eso me huele a chamusquina —gruñó el prisionero—. ¿Qué clase de castigo me vas a...?

Pero ella no quiso contestarle. Volvióse hacia el sargento y le dio una orden:

—¡Llévenlo a la nave!

—Sí, señora.

* * *

Con ojos morbosamente fascinados, lleno el ánimo de un horror insuperable, Jason Brett contempló el enorme pozo que se abría a sus pies, ancho de casi doscientos metros y con una profundidad que nadie era capaz de evaluar. Vapores de humo rojizo subían lentamente del fondo del pozo, en el que, a veces, se divisaba algo parecido a la

lava de un volcán en fusión, incluso con burbujas de gases que estallaban lentamente, con sonidos que ya llegaban muy amortiguados a la superficie.

En torno a Brett, los ocupantes de la nave se afanaban en un trabajo que el joven no acababa de comprender del todo. Tamara supervisaba la tarea y su voz sonaba casi continuamente, tensa, autoritaria, espoleando a sus subordinados para que hicieran bien y rápidamente el trabajo.

El segundo de a bordo de aquella tripulación de la policía de Energía era el sargento Viphor, un hombre de casi cuarenta años, escéptico y un tanto amargado, aunque disciplinado y obediente.

La nave había sido situada en el borde de aquel pozo, el cual se hallaba a unos trescientos kilómetros del lugar tan mal elegido por Brett para establecerse. De uno de sus costados emergía lo que parecía la pluma de una grúa, cuya longitud alcanzaba sobradamente los veinte metros.

Los policías habían desembarcado también un artefacto, cuya visión había llenado de asombro al cautivo. Brett contemplaba con ojos de pasmo lo que parecía una escafandra submarina, rígida, salvo en las articulaciones, y con el casco provisto de un cristal especial, muy oscuro, cuyo grosor no bajaba de los cinco centímetros.

Los brazos de la escafandra terminaban en unas pinzas, movidas por control remoto desde el interior de la misma. A la espalda se veía una especie de depósito de aire comprimido. En la parte superior del casco había tomas para tubos de aire y comunicación. La armadura, en fin, daba la sensación de ser enormemente pesada y su ocupante no podría moverse con ella, puesta, a menos de recibir ayuda externa.

—Piloto —gritó Tamara de pronto—, todavía puede avanzar un par de metros. Es preciso que la operación se realice con probabilidades de éxito. No tema, hombre; el borde de la nave no asoma aún al pozo.

La mano de Viphor se apoyó en el hombro del prisionero.

—Ven, muchacho —dijo con acento amistoso—, quiero enseñarte cómo funciona la escafandra.

—Ese chisme me da muy mala espina —confesó Brett—. Parece como si fuera ideado para bajar al pozo...

—Así es, y la mochila que ves en la espalda, no es de aire

comprimido, como has podido pensar, sino que se trata de la unidad de refrigeración que te permitirá la estancia dentro de la escafandra, sin graves inconvenientes. Te enviaremos aire por el tubo de ventilación y nos entenderemos contigo por medio de la línea telefónica. Podríamos utilizar la radio, pero hay muchas interferencias y se necesita una comunicación clara y nítida.

—Pero tengo que bajar yo precisamente y no otro —dijo Brett.

—Sí, es tu sentencia, dictada por el Centro de Energía. Lo siento, yo no puedo hacer otra cosa que cumplir las órdenes que recibo. Ahora, pon mucha atención, porque quiero enseñarte cómo funciona la escafandra. Sólo harás un viaje y cuando hayas regresado, quedarás en libertad.

—Está bien, pero ¿qué hay allá abajo? Se nota una enorme temperatura, hay gases mefíticos…

—Ven, vamos a ver el funcionamiento de la escafandra —contestó Viphor evasivamente.

Era muy sencillo, apreció Brett momentos más tarde. En los brazos de la armadura estaban los controles de las pinzas que sustituían a las manos y se podían hacer funcionar apretando o aflojando dos palanquitas situadas en el extremo de cada brazo. La unidad de refrigeración funcionaba autónomamente y de modo automático, procurando que la temperatura interior de la armadura se mantuviera siempre en límites tolerables para su ocupante.

La armadura, por otra parte, parecía más bien un enorme ataúd de metal con brazos, ya que no disponía de piernas articuladas, para que su ocupante pudiera moverse andando de un sitio para otro. Estaba abierta en dos mitades y tanto la apertura como el cierre se realizaban de forma automática, por un mecanismo ingeniosamente diseñado y de funcionamiento poco menos que instantáneo.

—Pero no se te ocurra tocar el botón de apertura cuando estés en el interior del pozo —advirtió Viphor—. Las consecuencias serían funestas para ti.

—Sí, me lo imagino…

Tamara llegó en aquel momento,

—Prisionero, quiero explicarte lo que vas a hacer en el interior del pozo —dijo con voz impersonal—: Sujeto por las pinzas de los brazos de la escafandra, llevarás un recipiente de granito refractario,

capaz de soportar temperaturas de miles de grados. Nosotros te descenderemos al fondo del pozo y tú tendrás que llenar ese recipiente con una cantidad de la sustancia que hay en fusión, que no será nunca inferior a la que podrías coger con tus manos juntas y en hueco, si ello fuese posible. Una vez tengas lleno el recipiente, nos lo avisarás, para izarte a la superficie. ¿Has comprendido?

—Sí, pero quiero que sepas que actúo a la fuerza…

—Lo sé de sobras —cortó ella fríamente—. Sin embargo, hemos de cumplir las órdenes del Centro de Energía.

—Escúchame, yo soy un condenado por el Tribunal Penal Experimental —dijo Brett—. Permíteme que te cuente…

—No me interesa lo que hayas podido hacer antes —declaró Tamara con su invariable acento glacial—. Cuando subas del pozo, quedarás libre, es todo lo que puedo decirte.

—Bien, pero ¿qué diablos hay allá abajo?

—*Ultrauranium*, una sustancia productora de energía, de terrible potencia en comparación con el volumen empleado. Un solo gramo de «U-u», como se denomina en lenguaje coloquial, tiene la suficiente energía como para mover una nave como la mía durante cien años. Cien gramos son suficientes para todas las necesidades de la capital de Rhodor durante veinte años. ¿Comprendes ahora la extraordinaria fuerza que encierra el «U-u» en su composición?

—Si es un mineral tan interesante, ¿por qué no hay instalaciones apropiadas para su extracción y tratamiento? —quiso saber Brett.

Tamara se encogió de hombros.

—Lo siento —respondió—, pero eso es algo que corresponde a los científicos. Vamos, entra en la escafandra.

Brett apretó los labios. Cuando ya se disponía a cerrar la armadura, se fijó en la singular expresión del rostro de Viphor.

—Te deseo suerte —murmuró el sargento—. No quiero engañarte; si vuelves, serás el primero que se salve en muchísimos años.

—Es decir, todos los que han bajado antes que yo, se cocieron en su jugo dentro de la propia escafandra —dijo Brett.

—De algunos de ellos sólo subieron cenizas —respondió Viphor lúgubremente.

CAPÍTULO III

La pluma de la grúa giró lentamente, con la escafandra suspendida ya sobre el vacío. Después de encerrarse en la armadura metálica, Brett se lamentó amargamente de lo que consideraba como una cobardía.

Podía haber luchado, intentado la huida..., cualquier cosa menos dejarse manipular como un cobaya. Cada vez que pensaba en la última frase del sargento Viphor, sentía que los pelos se le ponían de punta.

«De algunos de ellos sólo subieron cenizas.» Entonces, ¿qué temperatura reinaba en el fondo del pozo?

Por el momento, la estancia era soportable en el interior de la escafandra. Pero no había bajado aún cincuenta metros y en el termómetro que tenía en el casco, al lado derecho, ya se había registrado un aumento de cuatro grados.

La unidad de refrigeración trabajaba a toda potencia. No obstante, Brett era lo suficientemente sensato como para darse cuenta de que no iba a regresar vivo a la superficie.

En la central de Energía, pensó, debía de estar dirigida por un sádico. ¿Era que nadie había ideado una máquina para extraer el «U-u», sin necesidad de matar a la gente?

Desesperado, concibió una idea.

Ahora anunciaría que la unidad de refrigeración se había parado y que estaba a punto de morir abrasado. Pediría que le subieran arriba, mientras se reparaba la avería. Entonces, apenas se abriese la escafandra, pondría pies en polvorosa...

De repente, vio algo que hizo variar sus planes.

El túnel en la pared lateral del pozo. Estaba a unos ochenta metros de profundidad y se divisaban en él señales de trabajos que habían sido abandonados tiempo antes.

Incluso había restos de una vía que sin duda, había servido para la circulación de vagonetas de carga. Y si era así, ¿no habría una salida en otro punto distinto al que tenía ante los ojos?

Todo lo pensó en fracciones de segundo. No podía perder tiempo; era preciso actuar con la máxima rapidez.

—Eh, los de arriba —llamó.

—¿Qué sucede, Brett? —preguntó Viphor.

—Arrima la escafandra a la pared por favor. Estoy, demasiado hacia adentro y eso me priva visión. Hay muchos vapores, ¿comprendes?

—Sí, hemos comprendido.

La pluma giró un poco y la boca del túnel se acercó lentamente a la escafandra. Brett puso todos sus músculos en tensión. Era una acción dictada por las nulas esperanzas que tenía de sobrevivir acaso podía precipitarse en el pozo y morir sumergido en la masa fundida de «U-u»…. pero cualquier cosa era preferible a dejarse cocer como un pavo para el festín de Navidad.

La escafandra estaba ya a tres metros del túnel. Brett inspiró con fuerza y luego golpeó el botón de apertura.

Una terrible oleada de calor le hirió de lleno en el rostro, cortándole la respiración. Pero ya había tomado impulso y saltaba a través de los tres metros de distancia. Sus pies tocaron el suelo del túnel y, una vez en seguridad, se lanzó hacia adelante a todo correr.

Arriba, en la superficie, Viphor notó algo raro y lanzó un grito.

—¡Capitán!

Tamara acudió rápidamente.

—¿Sargento?

—Me parece que… —Viphor hizo un gesto con la mano—. ¡Arriba, sube la escafandra! —ordenó al encargado de la máquina.

Tamara comprendió que Viphor no actuaba de semejante manera sin una buena razón, por lo que se abstuvo de contradecir su orden. Momentos más tarde, la escafandra asomaba a la superficie.

—¡Está abierta! —dijo la joven.

—Prefirió morir instantáneamente, señora —supuso Viphor.

Ella apretó los labios.

—Está bien —dijo—. No podemos hacer nada por evitarlo. Ordene recoger todo; yo informaré al Centro de Energía.

—Sí, señora.

Viphor meneó la cabeza. Al menos, se dijo, Jason Brett no había padecido sino durante un cortísimo espacio de tiempo. Mentalmente, alabó la decisión del joven. «Yo también lo habría hecho así, de hallarme en su lugar», pensó.

* * *

Pero Brett no había muerto.

La temperatura en el interior del túnel, sorprendentemente, se soportaba mejor de lo que había esperado. A los pocos cientos de metros, pudo dejar de correr.

La atmósfera, aunque todavía muy caliente, era perfectamente respirable. Del pozo llegaba un tenue resplandor rojizo que le permitía ver sin demasiadas dificultades, sobre todo, teniendo las pupilas habituadas ya al ambiente. Ello le permitió ver más restos de lo que había sido una explotación minera, sin duda para la extracción del *Ultrauranium*, pero ello, a juzgar por los signos visibles, debía haber sucedido ya muchísimos años antes.

El túnel era amplio, lo suficientemente holgado para que pudiera moverse sin dificultades. Había restos de dos vías, lo cual quería decir que había dos trenes de vagonetas en funcionamiento el de ida y el de vuelta. Por tanto, en alguna parte, dedujo esperanzadamente, debía haber una salida al exterior, ya que era imposible hacerlo por el pozo del que había conseguido escapar de forma tan providencial,

De pronto, vio algo que llamó su atención. Inclinándose, recogió el objeto muy emocionado. ¿Funcionaría aún?

En Rhodor usaban buenos metales. No había la menor señal de corrosión en el metal de aquella linterna. Si la pila era tan buena...

La lámpara se encendió. Brett estuvo a punto de lanzar un alarido de júbilo. Sus esperanzas de supervivencia iban en aumento.

Media hora más tarde, el túnel se acabó, convirtiéndose en un pozo de cuya boca, situada a unos cien metros, llegaba un débil rayo de sol. Brett vio las instalaciones de los ascensores, cubiertas de polvo, aunque no de herrumbre, pero para mover aquellos aparatos, dedujo, era preciso un motor de considerable potencia y estaría en el exterior,

aunque sin suministro de energía.

De todos modos, la armazón de hierro era como una escalera y ello le permitió ganar la superficie un cuarto de hora más tarde.

Asomó la cabeza. Ya no quedaban sino ruinas de las instalaciones exteriores de la mina. Se preguntó qué habría motivado el abandono de la explotación, pero no encontraba la menor explicación lógica para un enigma que se le antojaba incomprensible.

Volvió la cabeza. A unos ocho kilómetros de distancia, se divisaba una tenue humareda que emergía del suelo. Allí estaba el pozo del «U-u». Como si se tratase de una persona, Brett le sacó la lengua en son de burla.

Luego se llenó los pulmones de aire y emprendió la marcha, en busca del coche que, por fortuna, no había sido visto por Tamara y sus esbirros, escondido bajo la vegetación del bosque lindante con el lago. La distancia era de unos trescientos kilómetros, pero ello no le arredraba en absoluto. Sabría sobrevivir.

* * *

Los animales tiraban del pedrusco, sin conseguir apartarlo del lugar en que se hallaba. Brett contempló incrédulo la escena; en una época en que la gente viajaba por los planetas, cubriendo distancias de centenares de años luz, aquella mujer empleaba dos caballos para arar la tierra. Al menos, para dejarla en disposición de ser labrada.

La mujer era joven, unos treinta años, robusta, de amplio pecho y sólidas caderas, pero también era guapa. En su rostro, tostado por el sol, se veía energía y, a la vez, frustración por no poder salir adelante en su empeño.

Brett detuvo su coche y saltó a tierra.

—Eh —llamó.

La joven se volvió y le miró inquisitivamente.

—¿Puedo ayudarte en algo? —se ofreció.

Brett se echó a reír.

—Quizá sea todo lo contrario —dijo—. Veo que los caballos no pueden con la piedra.

— Están agotados. La piedra es muy grande y no puedo sacarla de

su sitio. No sé qué voy a hacer…

Brett cruzó el campo y llegó junto a la roca. Entonces vio que cegaba lo que parecía una pequeña acequia, cortando por completo el paso del agua, que se perdía estérilmente por la llanura circundante,

—Oye, éste no es sitio de rocas —dijo asombrado—. ¿Acaso ha caído del cielo?

—Algo por el estilo —contestó ella—. La dejó caer una nave de la PT.

—¿Policía del Tesoro?

—Justo.

—Apostaría algo a que no has pagado los impuestos.

—Es cierto —admitió la joven.

—Me llamo Jason Brett. Te ayudaré a quitar la piedra. Desengancha los caballos, por favor.

Una sonrisa de alivio apareció en el rostro de la mujer.

—Soy Faya Slamai —se presentó.

Brett sonrió. Luego maniobró de tal modo que el coche quedase junto a la piedra. Faya había atado unas cuerdas alrededor del pedrusco, que luego enganchó a los arneses de los caballos de tiro. Para Brett resultó muy sencillo unir las cuerdas al gancho de remolque de su vehículo, que poseía la potencia suficiente para rematar la operación sin dificultades.

Así ocurrió y, pocos minutos después, el agua corría libremente por el canalillo. Entonces, Faya dirigió una mirada conmovida al recién llegado.

—No sé cómo darte las gracias…

—No tienes que afligirte por ese problema —cortó él rápidamente —. Todo lo que he hecho ha sido absolutamente desinteresado. Simplemente, vi que estabas en un apuro y quise ayudarte. ¿Vives por aquí cerca?

—Sí, en una aldea situada a un kilómetro, al otro lado de esa loma —indicó Faya, a la vez que tendía el brazo derecho—. Tengo que labrar estas tierras que fueron de mi esposo; pronto llegará la época de la siembra y no podemos desperdiciar la ocasión.

—Ah, eres viuda.

—Si. Mi marido falleció hace dos años. —Los ojos de Faya se oscurecieron repentinamente—. Aunque mejor sería decir que lo mataron.

—¿Quiénes fueron?

—Los de la Policía de Energía. Se lo llevaron lejos, no sé adonde; dijeron que tenía que realizar un trabajo para ellos… y me devolvieron un pedazo de carbón… Dijeron que el experimento había salido mal, debido a causas imprevistas. Me dieron una carterita con cinco mil monedas… y eso fue todo.

Brett pensó de inmediato en el pozo del «U-u». Sin duda, el esposo de Faya había perecido en aquel espantoso lugar.

—Lo siento —dijo—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Faya sacudió la cabeza.

—Ya has hecho demasiado —sonrió—. ¿Viajas solo?

Brett tocó con la mano una de las grandes ruedas de su coche.

—Y sin rumbo, además, aunque procurando en todo momento vivir lejos de las grandes aglomeraciones. Hace seis meses, el Tribunal Penal Experimental me condenó a atravesar el desierto de Nikkim con este cacharro. A la mitad de la travesía, anuncié que ya me había quedado sin energía motriz y me desearon mucha suerte. Creen que estoy muerto —dijo sonriendo.

—Y pudiste salvarte —exclamó ella, admirada.

—Había conseguido hacerme simpático a un sargento de policía, y él me puso una unidad de energía de repuesto y un equipo de recarga de baterías. Eso es todo, Faya.

Por el momento, prudente, Brett no quiso mencionar su experiencia en el pozo del «U-u». Tiempo habría de hablar sobre el particular,

—Voy a regresar a mi casa —anunció Faya—. ¿Quieres cenar conmigo?

—Será un placer —aceptó él de inmediato.

Era un mundo lleno de contrastes. Viajes interplanetarios, las máquinas más perfeccionadas y allí, una mujer, y no sería la única,

labrando la tierra como en los principios de la humanidad. «Vivir para ver», filosofó, mientras volvía al coche.

Algo le extrañó sobremanera cuando entraban en la aldea, al filo del atardecer. Era una población pequeña, con no más de cincuenta casas, de aspecto modesto, pero bien construidas y equilibradamente distribuidas, con una calle central amplia y holgada y el suelo de grandes losas de granito. Sin embargo, no se veía una sola lámpara eléctrica.

Faya le explicó las causas:

—No pagábamos los impuestos y los de la PT se llevaron el combustible del generador que nos suministraba luz y fuerza.

—Son unos cuervos, no cabe la menor duda.

—El gobierno subió los impuestos en forma exorbitante. Sencillamente, no podemos pagar lo que nos reclaman. No nos encarcelan, pero procuran hacernos la vida más difícil..., quitándonos la luz y poniendo piedras en los campos, entre otras cosas.

—La verdad, me engañaron cuando me dijeron lo bien que se vivía en Rhodor —dijo Brett haciendo una mueca.

Faya extendió una mano.

—Entra en casa y lávate —indicó—. Yo voy a atender los caballos.

—Permíteme que lo haga...

— Por favor —sonrió ella.

Brett saltó del coche y entró en la casa.

CAPÍTULO IV

Para la cena, Faya se había puesto una blusa y falda corta, con sandalias de medio tacón. Brett comió media docena de costillas, patatas, verdura, tortas, miel y fruta. Al terminar, se aflojó un punto la hebilla de su cinturón.

—Hacía tiempo que no comía tan a gusto —declaró.

—Celebro que te haya gustado el menú —sonrió Faya—. De modo que vives como un vagabundo…

—Bueno, ahora me creen muerto en dos sitios. La verdad es que no tengo interés en quedarme fijo en ninguna parte. Me gustaría ir a la capital, pero no tengo dinero para un pasaje de vuelta a la Tierra y, aparte de ello, temo ser reconocido por algún policía. Dejaré pasar algún tiempo para que se «enfríe» la cosa y...

Los ojos de Faya le contemplaron con serena expresión.

—Si no tienes adonde ir, puedes quedarte en mi casa —declaró sencillamente.

—No me gustaría ser una molestia...

—No será una molestia, Jason.

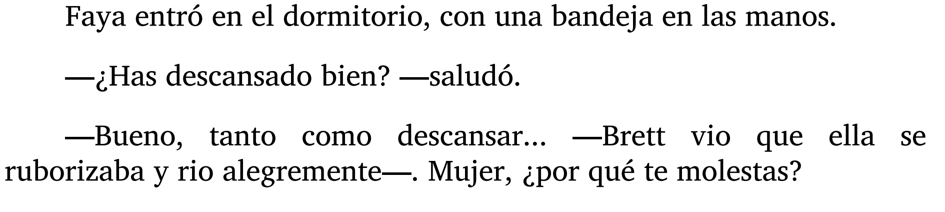
Brett miró fijamente a la hermosa mujer que tenía ante sí.

—Te ayudaré —dijo—. Necesitas un par de fuertes brazos que te ayuden en los campos.

De pronto se puso en pie y avanzó hacia ella. El rostro de Faya enrojeció ligeramente.

Brett la cogió por los hombros y la hizo ponerse en pie. Luego se inclinó lentamente, buscando su boca. Faya dudó un momento, pero se dejó besar. De repente, elevó los brazos y se abrazó desesperadamente al joven. Para Brett, después de tantos meses de vida solitaria, aquel encuentro era algo que le hacía sentirse nuevamente hombre,

A la mañana siguiente despertó aturdido al darse cuenta de que estaba en un blando lecho. No tardó en recordar lo sucedido y entonces sonrió. Había sido una noche maravillosa, como pocas en su vida.



Faya entró en el dormitorio, con una bandeja en las manos.

—¿Has descansado bien? —saludó.

—Bueno, tanto como descansar... —Brett vio que ella se ruborizaba y rio alegremente—. Mujer, ¿por qué te molestas?

—Lo hago con mucho gusto —dijo Faya, poniéndole la bandeja en el regazo—. Y ahora, dispénsame, pero tengo que arreglar la casa...

—Aguarda un momento —pidió el joven—. Faya, anoche me dijiste que la PT os dejo sin combustible para el generador.

—Sí, fueron sus represalias por no pagar los impuestos. El generador está en su sitio, pero completamente inútil

—Esa es, quizá, una afirmación prematura —dijo él.

—¿Cómo? ¿Tú podrías...? Oh, no, pero sin combustible es imposible...

Brett levantó el dedo índice.

—Al menos en ese aspecto no te des por vencida tan pronto —dijo sentenciosamente.

* * *

Cuatro semanas más tarde. Brett apareció de nuevo en la aldea. Se había marchado veinticuatro horas después de su llegada y Faya le acogió con vivísima alegría.

—Pensé que no volverías nunca...

Brett tocó su tostada mejilla.

—Fui a buscar combustible para vuestro generador —explicó.

—¿Lo has encontrado? —se asombró ella,

Brett señaló con el pulgar la plataforma de carga del coche.

—Traigo ahí lo suficiente para que el generador pueda funcionar un siglo sin interrupción —contestó.

—Esto es maravilloso —palmoteo Faya—. Pero, ¿cómo vamos a agradecerte...?

El terrestre la miró intensamente.

—Luego pasaré la factura —dijo.

Ella sonrió.

—Sí, querido —contestó dulcemente.

Brett se encaminó sin más al lugar donde estaba el generador. Mientras, pensaba en los duros momentos que había pasado en la mina de «U-u», de la que, con inmensas dificultades, había conseguido extraer un cubo del preciado mineral. Tenía cuatro o cinco kilos de *Ultrauranium* y, si todo lo que le habían dicho acerca de su potencial energético era cierto, entonces era preciso convenir que la cantidad que había traído consigo permitiría satisfacer las necesidades de la aldea durante un tiempo ilimitado.

Puso parte del «U-u» en el depósito, lo cerró adecuadamente y movió el conmutador. Las lámparas del techo se encendieron inmediatamente.

Sonaron algunos gritos de alegría en la aldea. Brett sonrió satisfecho. Había hecho una buena obra y se sentía contento.

El resto del combustible quedó encerrado en una lata, que luego sepultó a un metro de profundidad bajo tierra. Era curioso, en pequeñas cantidades, el calor que desprendía aquel mineral era incomparablemente menor que en el pozo y perfectamente tolerable por el hombre. Su radiactividad era nula; lo había comprobado en el detector del coche. Era una sustancia maravillosa y, sin embargo, su explotación había sido desechada. ¿Por qué?

Después de cerciorarse del buen funcionamiento del generador, emprendió el camino de vuelta a la casa de Faya.

Ella le aguardaba en el umbral, con la sonrisa en los labios y los ojos muy brillantes.

—Entra, querido —dijo sencillamente.

* * *

De repente, Brett se encontró inmerso en una situación de paz y tranquilidad como no había conocido en muchos años. Faya le amaba intensamente y él se sentía satisfecho en todos los sentidos. Ella era una mujer activa, laboriosa, apasionada en los momentos adecuados y dispuesta a satisfacer sus menores caprichos. Pero también sabía darse cuenta de que el terrestre no correspondía con absoluta plenitud a sus sentimientos.

Un día se marcharía... y entonces volvería a quedarse sola. Lloraría la ausencia del terrestre pero, al mismo tiempo, sabía que no había nada capaz de retenerlo. Por ello cerraba los ojos y se dejaba llevar por la situación, gozando de cada minuto de la compañía de Brett como si fuese el último.

Por su parte Brett se sentía encantado. Trabajaba activamente, ayudaba a todos los vecinos sin distinción y era sumamente apreciado por todos ellos, aunque, lógicamente, la mayor parte del esfuerzo se lo llevaban las posesiones de Faya. En la aldea todos conocían sus relaciones, pero nadie había hecho el menor comentario hostil con respecto a aquella situación.

Brett se lo dijo un día y ella le dio la explicación:

—Somos muy tolerantes. Ciertamente, nos casamos según las leyes y con las ceremonias tradicionales, pero si alguien quiere prescindir de ello, nadie se lo reprocha.

—Así da gusto —sonrió él, a la vez que se acercaba al televisor para encenderlo y disfrutar de unos minutos de distracción, antes de acostarse.

Restablecido el suministro de energía eléctrica, todos los aparatos domésticos habían vuelto a funcionar. Con la televisión, cuyas imágenes se recogían directamente del satélite de transmisión, los habitantes de la aldea podían estar más o menos en contacto con lo que sucedía en el mundo exterior.

La pantalla se encendió. Entonces Brett contempló la imagen de una persona conocida. Al ver a la capitán Tamara Gölh, se sintió estupefacto, pero más todavía por el hecho de que la joven policía se hallaba en la Cámara de Diputados.

—Ahora se ha metido a político —exclamó.

—¿La conoces? —preguntó Faya.

—Fue la que quiso hacerme tostar en el pozo del «U-u».

—Vaya, con la policía... Podría haber bajado ella —dijo Faya enojada.

Brett levantó la mano. A lo que parecía, Tamara estaba pronunciando un apasionado discurso en contra de alguien:

—...Y es preciso que esta Cámara, que tiene facultades para ello —decía en aquellos momentos—, prohíba tajantemente, de un modo

radical y absoluto, los funestos experimentos del profesor Braddox. Según mis informes, debidamente contrastados, en el laboratorio del profesor Braddox han sido empleadas ya no menos de treinta y cuatro cobayas humanos en su ansia por conseguir la traslación instantánea de la materia orgánica. Si no se ha conseguido siquiera la traslación instantánea de la materia orgánica, ¿cómo puede esperar el triunfo en este aspecto tan delicado de la que él, pomposamente, llama «astrobiología»?

»Los cobayas humanos que emplea el profesor, señoras y señores diputados, es cierto que son reos que fueron condenados a graves penas por sus delitos y que, "oficialmente", se prestan voluntarios a tal clase de experimentos; pero es una crueldad someterlos a tas pruebas ideadas por el profesor Braddox y que, indefectiblemente, terminan siempre en el más rotundo fracaso. Y para que esta Cámara sepa que mis palabras son absolutamente veraces y que no me invento nada, al contrario de lo que hace el profesor Braddox —añadió con no disimulada ironía—, voy a realizar la proyección de las imágenes obtenidas durante uno de dichos experimentos…

Unos minutos más tarde, Faya tuvo que correr al cuarto de baño. Brett tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no devolver la cena.

—Pero eso no es todo —siguió Tamara minutos más tarde—. No voy a hablarles solamente de los funestos y repulsivos experimentos del profesor Braddox. Quiero hablar ahora, señoras y señores diputados, del yacimiento de *Ultrauranium* de la región de Goggesthar, cuyo mineral está completamente desaprovechado como fuente de energía, dado que, sin que nadie conozca las causas, su explotación fue interrumpida hace muchos años, y en el que, en ocasiones, se realizan también repugnantes acciones, de las que yo misma, por orden de la Central de Energía, he sido protagonista...

—Vaya, al menos ha reconocido su error —comentó Brett, cuando Tamara hubo terminado su discurso.

—Sí, pero ha cometido otro muy grave —dijo Faya

—A ver, dime, querida.

—Fíjate qué pocos aplausos ha obtenido. La mayoría de los diputados están en su contra... lo mismo que la omnipotente Central de Energía, el verdadero gobierno de Rhodor. Quien se opone a la CE firma su sentencia de muerte o, en el mejor de los casos, queda arruinado políticamente, cuando no moral o físicamente. Esa chica es valiente, sí, pero no apuesto un centésimo por su futuro —concluyó

Faya sus nada animosos comentarios.

* * *

Los días transcurrían apaciblemente. La vida en la aldea era una verdadera delicia.

Llegó el invierno y durante un par de semanas, tuvieron que permanecer encerrados en casa, a causa de la nieve. Pero había alimentos de sobra y leña en abundancia, por lo que las incomodidades fueron mínimas.

El tiempo mejoró y las nieves se fundieron. Luego empezaron a verse los primeros brotes de las plantas. Los campos se llenaron de color verde. Aparecieron las flores y los insectos. La naturaleza volvía a la vida.

Brett empezaba a sentirse inquieto. Su existencia no podía ser más agradable, pero echaba algo a faltar. Faya era una mujer maravillosa. Sin embargo, era poco amiga de las aventuras. A Brett le habría gustado marcharse a recorrer el mundo, llevándola a su lado, pero sabía que Faya no le seguiría. Y no se atrevía a abandonarla, sabedor del daño moral que podía causarle.

Por otra parte pensaba que, ¿dónde iba a estar mejor? Una vida apacible, sin complicaciones, querido y apreciado por todos los vecinos de la aldea... ¿Podía pedir algo más?

Aún no sabía que decisión tomar, cuando, cierto día, ya en el principio del verano, captó una noticia en la televisión:

—El Tribunal Penal Experimental ha condenado a la ex capitán de la Policía de Energía y ex diputado, Tamara Gölh a realizar la travesía del desierto de Nikkim, en un coche todo terreno, con una unidad de energía normal. Los cargos de prevaricación y soborno formulados contra la acusada fueron probados irrefutablemente…

Brett apagó el televisor. Meneó la cabeza. Compadecía a la joven.

Tamara moriría de sed, abrasada por el sol del desierto. Pero no tuvo tiempo de seguir pensando en ella.

Faya entró de pronto en la sala. Brett apreció el extraño brillo de sus ojos.

—¿Qué te pasa? —preguntó intrigado.

Ella sonreía dulcemente.

—Tengo que darte una noticia, querido —dijo.

Brett se acercó a la joven.

—Espero que sea buena —sonrió, a la vez que ponía las manos en su cintura.

—Para mí, al menos, es buena, porque voy a tener lo que más he deseado en este mundo. Para ti, no sé, Jason.

—Faya, ¿por qué no hablas claro de una vez?

—Querido, estoy embarazada.

Brett silbó. Durante un segundo, pensó en lo que iba a cambiar su vida de ahora en adelante.

Ya no podía marcharse de la aldea. Iba a ser padre y ello acarreaba nuevas responsabilidades. Tendría un hijo y debería cuidar de él, y educarle, y convertirle en un hombre...

Abrazó tiernamente a la joven y la estrechó con fuerza contra su pecho.

—Querida, no me podías haber dado mejor noticia —afirmó.

Faya apoyó la cabeza en su pecho.

—Oh, Jason, me siento tan feliz...

De repente, se abrió la puerta de la casa. Un hombre asomó por el hueco y gritó:

—¡Jason, Faya, ha llegado la Policía del Tesoro!

CAPÍTULO V

Los miembros de la patrulla eran cuatro, todos ellos vestidos con el uniforme amarillo que les era característico. Su jefe, según las insignias, tenía grado de capitán, y todos iban armados con sendas pistolas de choque con suplemento para descargar radiantes.

Los rostros de los policías eran torvos, nada amistosos. Su jefe adelantó un paso, dirigiéndose a la pequeña multitud que se había congregado en la plaza.

—Hemos venido a cobrar los impuestos —dijo—. Todos saben qué es lo que tienen que pagar, por la cuota del año pasado, más un recargo del treinta y siete y medio por ciento, por demora en el pago. Quien no cumpla con su deber ciudadano, será arrestado y conducido a presencia de los jueces.

Hizo una señal con la mano y uno de sus subordinados se adelantó y abrió una carpeta que traía dispuesta.

—Llamaremos uno por uno a todos los ciudadanos de esta aldea —siguió el oficial—. Como en épocas anteriores...

—No tenemos dinero, no te molestes —le interrumpió Faya.

—Somos pobres —dijo otro.

—El gobierno ha subido injustamente los impuestos —se quejó un tercero.

—Lo único que sé es que tengo que cobrar —dijo el capitán de mal talante—. Hay tribunales...

—Nunca nos hacen caso —dijo Faya—. Llévanos como esclavos; así acabaremos antes.

—Mujer —se desconcertó el oficial—, no querríamos llegar a tanto. Comprende mi posición, te lo ruego.

—Tú tienes un reglamento que cumplir, de acuerdo. Entonces, toma nota oficial de que no hay dinero en este pueblo para pagar la cuota tan exorbitante que nos ha sido fijada. Luego, los tribunales decidirán.

—Lo siento, tengo que llevar la recaudación.

—Aquí apenas usamos la moneda —dijo uno de los ciudadanos—. Simplemente hacemos intercambio de cosas que nos son necesarias. Puedes llevarte sacos de trigo, gallinas, corderos, frutos secos...

—¿Para qué quiero yo eso? —contestó el capitán despectivamente —. Lo que quiero es dinero... y me lo llevaré, aunque tenga que registrar todas las casas, una por una.

—No entrarás en la mía —exclamó Faya con gran vehemencia—. La ley te lo prohíbe,

—La ley soy yo —dijo el oficial, burlón—. Y te lo voy a demostrar ahora mismo.

Inmediatamente, echó a andar. Faya le cerró el paso, extendiendo los bracos.

—Quieto ahí —exclamó.

Brett se dispuso a intervenir. Hasta entonces, había permanecido silencioso, debido a que era un fugitivo de la justicia, y no le convenía actuar de manera relevante, Pero ahora las cosas cambiaban. Faya era su mujer, la madre de su hijo.

—Por última vez —dijo el capitán—, déjame pasar.

—No —contestó ella resueltamente.

Entonces, el oficial sacó su pistola y, a un paso de distancia, disparó contra Faya.

* * *

La pistola de choque expelía una descarga de aire comprimido a casi cien atmósferas, una bola de gas que, al expandirse súbitamente, desencadenaba una cantidad de energía tremenda. A diez pasos de distancia, podía derribar a un caballo, aunque sin matarlo.

A menos de un metro, la descarga era fatal. Despedida por la violencia del impacto, Faya voló cuatro o cinco metros por el aire, brazos y piernas extendidos grotescamente, y acabó por caer al suelo, donde quedó absolutamente inmóvil.

Brett lo vio todo rojo. Ni siquiera corrió en auxilio de Faya, sabiendo que ya no podía hacer nada por ella. Enloquecido de furia, saltó sobre el capitán y le arrebató la pistola de un manotazo.

El policía chilló:

—¡No, no!

Pero Brett había apretado ya el gatillo. La descarga alcanzó de lleno al hombre, justo en el esternón, y un violento chorro de sangre brotó de su boca. Los otros policías, al ver el cariz que tomaba la situación, sacaron sus armas.

Brett disparó de nuevo y abatió a otro de los guardias. Los dos restantes fueron literalmente destrozados por los enfurecidos aldeanos antes de que pudieran utilizar sus armas.

De repente, todo fue silencio. Cuantos estaban en aquel lugar, se miraban unos a otros, como si no quisieran dar crédito a lo que acababa de suceder. La tragedia se había desarrollado con tremenda rapidez, de tal modo que ninguno de los presentes acertaba a reaccionar,

Al cabo de unos segundos, Brett dejó caer la pistola al suelo y caminó lentamente hacia el lugar donde yacía Faya. La joven tenía la boca entreabierta y sus ojos estaban fijos en el cielo que ya no podía ver.

Presa de una congoja enorme, se arrodilló a su lado y tomó sus manos, aún tibias. Aquella mujer le había dado todo, sin pedirle nada a cambio, y ahora, cuando iba a darle lo más preciado de sí misma, un brutal esbirro había cortado en flor sus más queridos sueños.

Pasado un buen rato, se puso en pie. El jefe de la aldea se le acercó y le miró largamente.

—Queremos pedirte consejo —manifestó—. ¿Qué hacemos ahora? Cuando se enteren en la capital, tomarán represalias…

—No tienen por qué enterarse —contestó Brett—. Creo que a ciento cincuenta kilómetros hay una zona pantanosa.

—Sí, todos la esquivamos. Allí podría sumergirse una astronave de pasajeros… Estás sugiriendo que hundamos allí el aeromóvil del Tesoro.

—Exactamente. Lo haré yo mismo.

—Gracias, pero… otros vendrán…

—El oficial había estado ya en otros sitios. Tendrá dinero recaudado. Nos lo quedaremos y así podremos pagar los impuestos atrasados. El dinero no tiene color; no notarán que proviene de otras fuentes.

—Es una excelente idea. —El nativo puso una mano en el hombro de su interlocutor—. Quiero expresarte mi profunda pena, Jason. Era una mujer magnífica.

Brett asintió.

—Iba a tener un hijo —murmuró—. Precisamente acababa de decírmelo, cuando vinieron a avisarnos de la llegada de los de impuestos.

Apretó los labios. Sentía unos deseos terribles de llorar, pero no quería mostrarse débil exteriormente.

Inclinándose, cogió en brazos el cuerpo inerte de Faya.

—Haz que alguien se quede con ella, mientras yo llevo la aeronave al pantano —dijo—. Tú podrías encargarte de seguirme con el coche, para no tardar tanto en el regreso.

—De acuerdo —aceptó el nativo.

* * *

Veinticuatro horas más tarde, Brett se dijo que todo había sido un sueño.

Había transcurrido un año y el tiempo se le había pasado como en un soplo. En aquellos meses, había amado y le habían amado apasionadamente; había conseguido amigos por todas partes y alcanzado un grado de felicidad que, en algunos momentos, le pareció insuperable.

Pero, de pronto, todo había sido barrido por una tragedia absurda, por la intolerante actitud de un oficial, acaso ávido de hacer méritos para un ascenso, por culpa de unas leyes demasiado rígidas...

Como fuese, ahora, de repente, estaba solo. Todos los proyectos para el futuro se habían esfumado en un instante, bajo la descarga de una pistola de choque. «¿Por qué tuve que hacer caso al imbécil que me recomendó Rhodor como el mejor lugar para vivir, fuera de la Tierra?», se reprochó, súbitamente desanimado.

No sabía qué hacer. La vida en la aldea, solo, no le atraía demasiado. Y, por otra parte, ya había hecho demasiado por sus habitantes. Muerta Faya, creía no estar ligado a ellos por ningún compromiso.

Aquella noche, la televisión emitió una noticia que le hizo saber

en el acto cuál iba a ser su comportamiento:

—En el día de hoy se ha dado cumplimiento a la sentencia dictada contra Tamara Gölh. La condenada ha puesto en marcha su coche y se ha adentrado en el desierto de Nikkim...

Una hora más tarde, y después de haberse despedido del jefe de la aldea y de alguno de sus amigos más íntimos, Brett subía a su coche y arrancaba en dirección al desierto de Nikkim.

* * *

El coche estaba parado sobre la arena. Sentada al pie de unas rocas negruzcas, Tamara Gölh sentía que se aproximaba la última hora.

Su boca estaba completamente reseca. La lengua, hinchada, le dolía de tal modo, que en ocasiones le arrancaba sordos gemidos, semejantes a gruñidos de animal herido. La piel era una costra, que en algunos sitios parecía empezar a agrietarse.

El cielo era de color amarillo. Tamara apenas si podía captar las imágenes con unas pupilas abrasadas por el sol cegador. Había perdido toda esperanza y permanecía allí, inmóvil, aguardando el momento definitivo.

De repente, algo fresco llegó a sus labios. El instinto le hizo elevar las manos frenéticamente, tratando de agarrar la cantimplora con agua, que alguien sostenía a su lado. Una voz persuasiva dijo:

—Calma, no temas... Estás salvada. No pierdas la serenidad. Bebe con moderación... Hay agua de sobra...

El líquido resbaló por sus fauces y le pareció la cosa más maravillosa del mundo. Luego, parte del contenido de la cantimplora cayó sobre su cabeza y le mojó el rostro y los hombros, proporcionándole una sensación placentera, como jamás había sentido hasta aquel momento.

Luego sintió que la levantaban en brazos y que la llevaban a alguna parte. Momentos después, estaba acostada en algo blando y mullido. Notó que la cama se movía, pero, por la reacción lógica en sus circunstancias, se durmió y dejó de percibir sensaciones a su alrededor.

Cuando despertó, sintió hambre. Alguien puso en sus manos un vaso que contenía un líquido espeso y nutritivo que calmó los

espasmos de su estómago, a la vez, que le quitaba la sed. Minutos después, consiguió hallar el foco correcto de visión y contempló al hombre que le sonreía amistosamente.

—Parece que te has salvado de una buena —dijo Brett.

Tamara quiso incorporarse, pero él la volvió a acostar sobre el asiento posterior, extendido como una litera.

—No tengas prisa —dijo—. Estás a salvo y eso es lo que importa. Sigue acostada; pronto estarás restablecida.

—Deja que te dé las gracias...

—No te preocupes. Tamara, has dormido toda la noche —dijo Brett—. Está amaneciendo y debo reemprender la marcha. A mediodía haremos un alto para comer algo. Mientras, sigue donde estás y no te preocupes de más.

—Me conoces —exclamó ella, sorprendida.

—Y tú también me conoces a mí —rio el terrestre, a la vez que se volvía para ocupar su puesto de conductor.

* * *

Brett detuvo el coche en el fondo de una grieta, que les proporcionaba sombra suficiente, y se apeó para abrir una lata de conservas. Tamara abandonó su sitio y se bajó también del coche.

—¿Por qué me has salvado? —preguntó—. Yo estuve a punto de matarte...

—Ahora estás en idénticas condiciones a las mías —le respondió Brett—. Eres, como yo, una fugitiva de la justicia. Y lo peor de todo es que eres inocente, también como yo.

—¿Quién te ha dicho que soy inocente?

Brett le pasó una lata abierta, junto con una cuchara y un vaso de papel lleno de agua.

—Empiezo a conocer a la gente que gobierna este planeta —contestó sonriendo—. A mí me castigaron por vagabundo y asocial, cosa que no es ningún pecado, mientras no se haga daño a nadie, y yo no lo hacía; y a ti te buscaron algún delito inexistente, con pruebas amañadas, porque habías dicho en el Parlamento algo que molestaba mucho en las altas esferas. ¿Me equivoco, Tamara?

—Aciertas, Jason —confirmó ella—. Hay mucha gente que piden la suspensión de esas pruebas y que no está conforme con el abandono de la explotación del «U-u»; pero, desdichadamente, el gobierno tiene todas las cartas buenas y no se puede luchar contra lo que es mil veces más fuerte que nosotros mismos.

—En el fondo de todo este asunto, late la cuestión económica —dijo Brett—. Ciertamente, si se consiguiera la traslación instantánea de personas y de mercancías, las espaciolíneas iban a sufrir un durísimo golpe. ¿No puede suceder que alguien sabotee sistemáticamente los experimentos del profesor Braddox?

—Mi opinión es que él es el mismo saboteador, Jason.

—¿Has podido probarlo?

—No, no tuve tiempo. Antes me detuvieron y…

Tamara le miró con expresión de curiosidad.

—Jason, dime, ¿cómo conseguiste salvarte del pozo del «U-u»?

Brett sonrió levemente. Cuando explicó la forma en que había abandonado la escafandra, Tamara sintió que su admiración hacia el joven se hacía mucho más intensa.

—Aquello está abandonado, en efecto. Hace muchos años, se explotaba el mineral de energía, pero luego se abandonó…

—En provecho de otros intereses, a los que no les convenía la energía barata, prácticamente gratuita e ilimitada, que promete el pozo de Goggesthar —dijo Brett.

—Así es, ciertamente —convino la joven con acento lleno de tristeza—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros para luchar contra el actual estado de cosas?

—Algo muy sencillo: emplear la táctica del mosquito —contestó Brett enigmáticamente.

CAPÍTULO VI

—Un mosquito nunca puede derrotar a un elefante —dijo Tamara más tarde.

—Pero puede enfurecerle lo suficiente para hacerle perder la cordura y precipitarse a la catástrofe —alegó Brett.

—No sé… Lo que dices parece elogiable, pero poco o nada sensato.

—Tamara, muchas de las cosas que se hacen en Rhodor se derivan de tradiciones que ya no tienen razón de existir en la actualidad. ¿Por qué los experimentos de Braddox se realizan con seres humanos, que mueren indefectiblemente, de la forma más horrible que se puede imaginar? ¿Por qué hacer que un vagabundo tenga que cocerse vivo en el pozo del «U-u»? ¿Por qué cobrar unos impuestos exorbitantes, cuando se sabe perfectamente que la gente no puede pagarlos? ¿Qué clase de dementes están en el gobierno de Rhodor? ¿Por qué un parlamento calla ante la declaración de las injusticias que se cometen?

—Admito todo lo que dices, pero ¿qué se puede hacer para conseguir que vuelvan la justicia y la equidad?

—Luchar contra el gobierno —dijo Brett apasionadamente.

Tamara le dirigió una mirada de extrañeza.

—Diríase que tienes una cuenta particular que ajustar con el gobierno —exclamó.

—Sí, la tengo, y no solamente por lo que me hicieron en dos ocasiones: cuando me enviaron al desierto y cuando tú me hiciste descender al pozo de Goggesthar. Sí —añadió Brett, terriblemente agitado—; tengo una cuenta pendiente con ese gobierno.

Se retorció las manos un par de veces y empezó a pasearse por el fondo de la grieta, mientras relataba a la joven lo que había hecho durante el año últimamente transcurrido. Cuando terminó, Tamara tenía los ojos húmedos.

—No sabes cuánto lo siento, Jason. Si pudiera hacer algo para ayudarte…

—Sí, puedes hacerlo —exclamó él, a la vez que se volvía rápidamente hacia la joven—. No te pido que lo hagas por gratitud; hazlo solamente para que no vuelvan a suceder jamás cosas como las que nos han pasado a los dos.

—Convendría que me dijeras cuáles son tus planes, Jason.

—En primer lugar, tendríamos que solucionar el problema de Braddox. Tú has dicho que sospechas que él es su propio saboteador.

—Sí, sería capaz de poner la mano al fuego, aunque no tenga pruebas de mis afirmaciones —respondió Tamara.

—¿Es Braddox el único científico que se ha interesado por el problema de la traslación instantánea?

—No. Hay otro, tan bueno o mejor que él, Bitokk Werrin, pero está relegado por el gobierno a funciones digamos de rutina.

—Es decir, Werrin podría tomar parte en uno de los experimentos y decirnos qué es lo que falla o si ese fallo se produce deliberadamente.

—Creo que sí, Jason.

—Entonces, iremos a verle…, pero no ahora, por supuesto. Tu coche ha quedado abandonado. A ti te suponen muerta. Dejaremos que pasen algunas semanas y acabarán por olvidarte. Entonces será cuando iniciaremos la táctica del tábano.

—¿Tábano o mosquito, Jason?

—Las picaduras del tábano duelen más —rio él,

Tamara movió el brazo en semicírculo.

—Pero no podemos pasar aquí tantas semanas…

—No temas —dijo Brett—. Conozco un sitio maravilloso, donde nadie nos encontrará, a menos que surja otro capitán ambicioso, con ganas de enviarnos al pozo de Goggesthar.

Ella enrojeció vivamente.

—La idea no fue mía —manifestó—. Yo te capturé y pensaba que se te sometería a juicio, pero en lugar de ello me ordenaron que sacaras una muestra de «U-u». Créeme, en aquellos momentos, yo no veía…

—Se te abrieron los ojos en el Parlamento. ¿Cómo llegaste a diputado, Tamara?

—Hubo elecciones y alguien dispuso que yo debía figurar como candidato. Antes de que me diera cuenta, ya había sido elegida.

—Pero supiste reaccionar y no te prestaste a representar el papel de «La Voz de Su Amo».

Tamara hizo un gesto afirmativo.

—Vi mucha ruindad, mucha hipocresía, corrupción por todas partes, ambiciones desatadas... Sinceramente, me sentí asqueada y no pude resistirlo.

—¿Quién fue tu acusador?

—Klitush Bor-Pelh, ministro de Energía. Ya conoces nuestro sistema; el ministro de Energía es el hombre más poderoso de Rhodor después del presidente..., aunque en ocasiones se dice que el presidente baila al son que le toca Bor-Pelh.

—No me extrañaría en absoluto. He oído hablar muy poco de Bor-Pelh, pero me parece que es un tipo poseído por la pasión de mandar, aunque con la suficiente astucia como para no figurar nunca en primera fila. De ese individuo depende toda la energía que se suministra y se consume en el planeta, ¿no es así?

—Exacto —confirmó la muchacha.

—Entonces —dijo Brett—, Bor-Pelh es nuestro elefante.

Tamara sonrió.

—¿Cuándo empezará a picar el tábano?

—Muy pronto, en cuanto nos sintamos con fuerzas suficientes para viajar a la capital —respondió el terrestre.

* * *

La ciudad dormía tranquilamente. Bahzasthar, capital de Rhodor, era una población pequeña, comparada con cualquiera de las grandes urbes de la Tierra, pero lo suficientemente grande como para hacer necesarios los medios de transporte, cuando era preciso cubrir determinadas distancias. A pesar de ello, Brett, por el momento, prefería moverse a pie. El coche podía llamar la atención de alguna patrulla nocturna y había considerado más conveniente dejarlo en las

afueras.

Tamara caminaba junto a él, con paso rápido. Cuatro semanas en el campamento de la orilla del lago la habían hecho reponerse por completo de las penalidades sufridas en el desierto. Ahora era de nuevo una joven ágil y robusta, sin mengua de su atractiva esbeltez.

De pronto, Tamara agarró al joven por un brazo.

—Cuidado —avisó en voz baja—; ésa es la residencia de Bor-Pelh.

Brett se detuvo en el acto. Estaban en una gran plaza, con pavimento de losas de granito, perfectamente ensambladas unas con otras, en uno de cuyos lados se alzaba una mansión, rodeada por un extenso cuadrado de césped, enmarcado por un seto que formaba la valla circundante.

En la casa no se veía ninguna luz. Desde la esquina en que se hallaban, Brett contempló la entrada del edificio. Un hombre se paseaba por delante; era uno de los guardias que velaban el sueño del ministro de Energía.

Al cabo de unos minutos, el guardia se sentó en una silla. Brett y Tamara aguardaron un rato. En el silencio de la noche se dejó oír de pronto un sonoro ronquido.

Brett sonrió.

—Ha llegado nuestra hora —dijo.

Cinco minutos más tarde, una pancarta de tela quedaba sujeta al seto de la parte delantera, pero por el lado exterior, de modo que resultaba invisible desde la casa. Pasaría mucha gente por allí, después de salir el sol, antes de que los habitantes de la mansión se dieran cuenta de lo que sucedía.

Brett y Tamara, con las manos juntas, echaron a correr. El texto de la pancarta era:

EN COGGESTHAR HAY ENERGIA GRATIS.

¿POR QUE SE DESAPROVECHA?

Al pie del texto, a la derecha, había un curioso trazo, un símbolo que Brett había elegido como firma: una estrella de cinco puntas,

atravesada por una flecha. Cuando Tamara le preguntó por los motivos de elegir aquel símbolo, Brett contestó que necesitaba algo que pudiera hacerse popular rápidamente.

A la noche siguiente, apareció otra pancarta en el propio edificio del Ministerio de Energía,

EL GOBIERNO ROBA POR EL SUMINISTRO DE ENERGIA.

¿POR QUE NO APROVECHA EL POZO DE GOGGESTHAR?

La siguiente pancarta apareció en la residencia del profesor Braddox:

¡BRADDOX, ASESINO!

* * *

Durante casi un mes, Brett y Tamara se dedicaron a colocar pancartas o a escribir en las paredes diatribas contra el gobierno y sus componentes. Las inscripciones hablaban de temas que no se hacían públicos, aunque se conocían sobradamente, si bien nadie se atreviese a mencionarlos en sus conversaciones con otras personas. En todos los mensajes aparecía la misma firma: la estrella cruzada por la flecha.

Cuatro semanas después de iniciada la «Operación Tábano», como la denominaba Brett, el joven se decidió por dar un golpe de audacia.

—Esta noche asaltaremos la residencia de Bor-Pelh —dijo.

Tamara se alarmó.

—Jason, no cometas esa locura...

—No es locura —contestó él sonriendo—. He podido apreciar que las medidas de seguridad son mínimas. La gente está atemorizada; son demasiados años de opresión. Nadie se atreve a reaccionar..., pero es preciso que el tábano siga picando para que un día todos conozcan cuál es su deber. De todos modos, si no quieres acompañarme...

Tamara sonrió.

—Es un disparate, pero no me perdería la entrevista por nada del mundo —manifestó—. De todos modos, si nos ve, puede reconocernos.

—Llevaremos la cara cubierta, descuida.

—Muy bien. ¿Cuándo, Jason?

—Pasadas las tres de la madrugada —decidió el terrestre.

Por un momento, pensó en la dulce Faya. Ya no podría tener el hijo que tanto había deseado. Ahora no era más que un montón de carne que se deshacía en el fondo de su tumba, junto con la semilla del hombre que apenas había empezado a fructificar en su cuerpo.

Jamás la olvidaría, por muchos años que transcurriesen, se dijo. Y luego empezó a pensar en la mejor forma de intentar el asalto a la residencia de Bor-Pelh.

* * *

Los dos guardias dieron una vuelta entera a la residencia, contorneando el exterior del seto que circunvalaba el jardín totalmente, a excepción de la parte correspondiente a la entrada. Después de comprobar que todo estaba en orden, regresaron a la casa.

—Puedes irte a descansar —dijo uno de ellos—. Yo me quedaré aquí fuera.

—¿Quieres que te traiga algo caliente? —se ofreció el otro,

—No, gracias.

El guardia se marchó y su compañero quedó solo, dando vueltas lentamente en torno a la residencia. Eran tonterías, se dijo; ¿quién podía ser el estúpido que intentase asaltar la residencia del ministro de Energía? Se necesitaría estar loco para hacer una cosa semejante y los dementes no abundaban precisamente en Rhodor.

Ni siquiera el propio ministro había juzgado conveniente el reforzamiento de la vigilancia. Altiva, orgullosamente, había declarado en público que una cosa era poner media docena de pancartas o pintar algunas frases ofensivas, y otra era atreverse a rozar siquiera el cabello de uno de los ministros del gobierno rhodoriano. Aquellas declaraciones habían sido tomadas como manifestación del valor personal de Bor-Pelh y de la seguridad en la justicia de su gestión política.

Había, sin embargo, quien pensaba de un modo muy distinto. El

centinela se paró junto a una de las esquinas de la casa. A las cuatro y media de la madrugada, todo estaba absolutamente tranquilo en la vasta avenida que había frente al edificio. No se veía un alma por la calle.

De pronto, dos manos surgieron de la oscuridad y aferraron el cuello del guardia, apretando con tremenda brusquedad, a fin de evitar que lanzase un grito. Brett mantuvo la presión, hasta que notó que las piernas del vigilante perdían su firmeza.

Entonces lo dejó en el suelo y le quitó su uniforme y armamento. A continuación, le ató con una cuerda que había traído en previsión, tapó su boca con una mordaza y empezó a cambiarse rápidamente de indumentaria.

Tamara aguardaba a unos pasos de distancia, tremendamente aprensiva. Era una locura, se decía una y otra vez, pero al mismo tiempo sabía que por nada del mundo se hubiera perdido la entrevista de Brett con Bor-Pelh.

Al terminar de vestirse, Brett se encaminó hacia la puerta y tocó en ella suavemente con los nudillos. El otro guardia abrió segundos después, pero lo único que vio fue un puño que se dirigía rectamente hacia su mentón.

CAPÍTULO VII

La luz se encendió bruscamente y el durmiente se removió un poco en la cama. Al cabo de unos segundos, se percató de que había alguien en la estancia y se sentó de golpe en el lecho.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué hacéis aquí? —exclamó Bor-Pelh coléricamente.

—Estos días se han colocado unas cuantas pancartas y han aparecido mensajes escritos por las paredes —dijo Brett alegremente —. Yo soy el autor de esas fechorías, ayudado, claro está, por la mujer que tengo al lado.

Los ojos de Bor-Pelh contemplaron con estupefacción a la pareja que tenía ante sí y cuyos rostros no podía ver, debido a que estaban ocultos por sendos trozos de tela atados a la nuca. El hombre, sin embargo, llevaba uniforme de policía y tenía una pistola de choque en la mano.

—De modo que tú eres Flecha Estelar —dijo el ministro, después de una pausa.

—¿Flecha Estelar? —repitió Brett. De pronto, recordó la firma de sus mensajes. No se le había ocurrido traducirla mediante un nombre, pero el ministro sí se lo había dado. Con amplia sonrisa, oculta por la tela de la máscara, decidió aceptar el sobrenombre—. Sí, soy yo — dijo.

—Había dos guardias…

—Están inutilizados.

—¡Los has asesinado!

—No —contradijo Brett—. Simplemente, están en condiciones de no hacer daño a nadie. Y lo he hecho para poder hablar contigo largo y tendido, con toda tranquilidad.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —protestó Bor-Pelh.

—Oh, sí, muchísimo —sonrió el terrestre—. Tenemos que hablar, por ejemplo, de las investigaciones sobre traslación instantánea, que realiza el profesor Braddox y que, indefectiblemente, terminan en fracaso. Braddox dice que un día u otro encontrará la solución al

problema y yo digo que la ha encontrado, pero que no quiere ponerla en práctica.

—¿Por qué habría de hacer un disparate semejante? —preguntó el ministro.

—Por la sencilla razón de que es uña y carne contigo y porque, aun siendo un científico de primera magnitud, ha traicionado a la ciencia a la cual declara servir, por los honores y prebendas, bien acompañados de dinero, que tú puedes proporcionarle. Por eso no quiere que las investigaciones lleguen a su punto culminante.

—¡Absurdo! ¡Rechazo enérgicamente esas acusaciones!

—¿De verdad? Ministro, ¿se sabe públicamente que eres uno de los principales accionistas de las espaciolíneas «TRG»? ¿Hay muchos que conozcan el hecho de que casi un treinta por ciento de esas acciones están en tu poder? Por supuesto, no puedes tomar decisiones sobre la compañía tú solo, pero ese treinta por ciento pesa mucho, sobre todo, si se tiene en cuenta tu cargo de ministro de Energía. El setenta por ciento restante de las acciones se hallan en poder de personas que no tienen ningún interés en que Braddox culmine sus investigaciones y tú lo sabes muy bien.

Bor-Pelh tenía la boca abierta de par en par.

—¿Quién te ha dicho...?

—Si Braddox consiguiera el éxito, las acciones de la «TRG», esto es, «Tierra-Rhodor-Galaxia», se vendrían abajo y no valdrían siquiera el papel en que están impresas. Imagínate, las personas y las mercancías, viajando por el espacio sin necesidad de costosas astronaves... Los viajes se simplificarían enormemente; el tráfico de mercancías adquiriría una rapidez inconcebible hasta hoy..., pero, al mismo tiempo, tú y tus amigos de la «TRG», quedaríais en la ruina y eso es algo que no se puede consentir.

»Pero todavía hay más. Bor-Pelh, tú eres uno de los principales directivos de la APE, Agencia Planetaria de Energía... que suministra luz y fuerza a la inmensa mayoría de las fábricas y viviendas del planeta, mediante el cobro de un canon, aparentemente pequeño, pero que proporciona a sus dueños beneficios incalculables. La APE se ha negado siempre a aprovechar la energía del pozo de Goggesthar, suficiente para proveer de luz y fuerza al planeta durante cientos y cientos de años, y todo ello gratuitamente.

»Todos tus esfuerzos, Bor-Pelh —continuó Brett inflexiblemente

—, han estado encaminados al mantenimiento de esta situación de privilegio, que no es sino el resultado de la opresión a que está sometido el pueblo rhodoriano. No lo notan apenas, es una acción continua, suave, insidiosa pero no por ello es menos cierto; y si Braddox terminara sus investigaciones satisfactoriamente y se aprovecha la energía de Goggesthar, la vida en Rhodor iba a cambiar de forma radical. Y eso es lo que, tarde o temprano, acabará por suceder.

* * *

Después de su larga parrafada. Brett hizo una corta pausa. Tamara miraba fijamente al ministro, quien parecía haber perdido la facultad de emitir sonidos de ninguna clase.

Al fin, Born-Pelh, después de un gran esfuerzo, dijo;

—Aunque todo eso sea cierto, ¿cómo podrías probarlo...?

—Se podría exigir una investigación parlamentaria, pero sospecho que todo quedaría en nada, como sucedió cuando la diputado Tamara Gölh denunció a Braddox...

—Tamara fue hallada culpable y condenada por el TPE a la travesía, del desierto de Nikkim. Allí murió —dijo Bor-Pelh,

—¡Te equivocas, miserable! —gritó la joven, a la vez que se arrancaba la máscara de un manotazo—. Estoy viva y dispuesta a denunciar tus inmoralidades en cualquier parte.

Bor-Pelh abrió la boca estúpidamente. Brett también la abrió, pero para soltar una maldición, enojado por el inoportuno gesto de la joven.

—¿Cómo te salvaste? Se encontró tu coche, pero nadie pudo hallar el menor rastro tuyo —exclamó Bor-Pelh.

Tamara se dio cuenta de la imprudencia cometida y se mordió los labios.

—Eso no importa ahora —contestó vivamente—. Lo que sí importa es desenmascararos a ti y a tu pandilla, y que el pueblo rhodoriano sepa qué clase de gente le están gobernando,

—Aunque la palabra «gobernando» no es la más adecuada, Yo diría mejor «vampirizando» —intervino Brett cáusticamente.

—No conseguiréis nada…

Brett no dejó que el ministro siguiera hablando. De pronto, se arrojó sobre él y golpeó su mandíbula seca y fuertemente. Bor-Pelh perdió el sentido en el acto.

—Vamos, ayúdame, Tamara.

La joven dio la vuelta al lecho. Brett estaba desnudando al inconsciente ministro, cuyo cuerpo quedó muy pronto cubierto solamente por una especie de taparrabos hecho con una tira de las sábanas.

El resto de las ropas de cama, hechas tiras, sirvió para atar como una momia a Bor-Pelh. Brett le tapó la boca, cuando el ministro empezaba ya a recobrar el conocimiento.

Acto seguido, Brett cargó con el cuerpo de Bor-Pelh y se dirigió hacia la salida del dormitorio, seguido por la muchacha.

* * *

En Rhodor, planeta colonizado por la Tierra cientos de años antes, se seguía, al fin y al cabo, un sistema de vida muy semejante al terrestre. Por la mañana, había que ir a trabajar, esto era algo inevitable.

Brett sabía mucho sobre el particular, a causa de su arresto sufrido bajo la acusación de ausencia de cooperación cívica. Eran pocos los que se atrevían a eludir el cargo o el empleo que les había sido asignado.

Los primeros madrugadores de aquella mañana, que pasaban frente a la residencia del ministro de Energía, fueron espectadores de algo absolutamente insólito, de un hecho que jamás se había producido antes en Rhodor.

En el centro del jardín, y colgando de la rama de un árbol, había un hombre cubierto de vendas, con la boca tapada por una tira de tela. Las ligaduras que sostenían al individuo a tres palmos del suelo pasaban por sus sobacos y, al tener las manos atadas a la espalda, le resultaba imposible liberarse por sí mismo.

Al lado, sujeto a un palo hincado en el césped, había un cartel con una inscripción en grandes letras, fácil de leer por todos los viandantes:

BOR-PELH, PROTECTOR DE BRADDOX EL ASESINO

BOR-PELH, LADRÓN DE ENERGIA

¿POR QUE SE ABANDONO LA EXPLOTACION

DE GOGGESTHAR?

El remate de las frases acusatorias era la estrella de cinco puntas, atravesada por la flecha.

* * *

Una semana más tarde, el profesor Braddox, atado y amordazado, apareció colgado de un árbol situado frente al Ministerio de Energía, en la misma forma que lo había sido Bor-Pelh.

Junto a Braddox había otro cartel, algo más extenso que los otros, en el que se le acusaba de sabotear los experimentos de traslación instantánea, a fin de servir los intereses de la compañía de espaciolíneas «TRG».

Fueron muchos los que vieron a Braddox en aquella situación y la noticia, lenta y gradualmente, al igual que sucediera con el ministro de Energía, empezó a extenderse de boca en boca.

La gente empezó a preguntarse quién sería aquel enigmático personaje que firmaba con la estrella y la flecha y al que la voz popular había encontrado ya un sobrenombre: «Flecha estelar».

Por el momento, sólo una persona conocía su identidad.

Pero era preciso que alguien más supiera quién era y se mostrase dispuesto a ayudarle.

* * *

Tamara esperó con los nervios en tensión, después de la llamada que acababa de hacer.

—Si no está en casa... —murmuró, aprensiva.

—¿Por qué no iba a estar? —preguntó Brett.

—Se opuso siempre a la política de Bor-Pelh. Quiso desenmascarar a Braddox, pero no le fue posible. Si consideran que es un hombre incómodo...

Tamara no pudo continuar. La puerta se abrió y un individuo de

unos sesenta años apareció en el umbral iluminado.

—Estas no son horas de molestar a la gente —dijo Bitokk Werrin —. A menos que se vaya a realizar un arresto —añadió, mirando a Brett, quién seguía aún vistiendo el uniforme del guardaespaldas de Bor-Pelh.

—Doctor, es la única hora que podríamos venir a verle, sin ser vistos —declaró la joven—. ¿No me reconoce? Soy Tamara Gölh...

—¡Tamara! —exclamó Werrin—. Pero... si dijeron que habías muerto.

—Estoy viva —sonrió ella—. Doctor, le presento a un hombre del que se habla mucho estos días: «Flecha Estelar». Su nombre auténtico es Jason Brett.

Werrin se sentía pasmado de asombro, pero, al mismo tiempo, era hombre de rápida comprensión y supo en seguida lo que tenía que hacer.

—Pasad, no os quedéis en la puerta —exclamó.

—Gracias, doctor.

Werrin cerró y se volvió hacia la pareja.

—Me parece mentira —dijo—. Tú, Tamara, estás salvada... y vienes a verme nada menos que en compañía de un hombre a cuya cabeza se ha puesto precio, nada menos que de un millón.

—¿Cómo? ¿Quieren pagar por mí, vivo o muerto, un millón? —se asombró el terrestre.

—Lo dijeron en el último noticiero televisado. Un millón, más exención de impuestos de por vida.

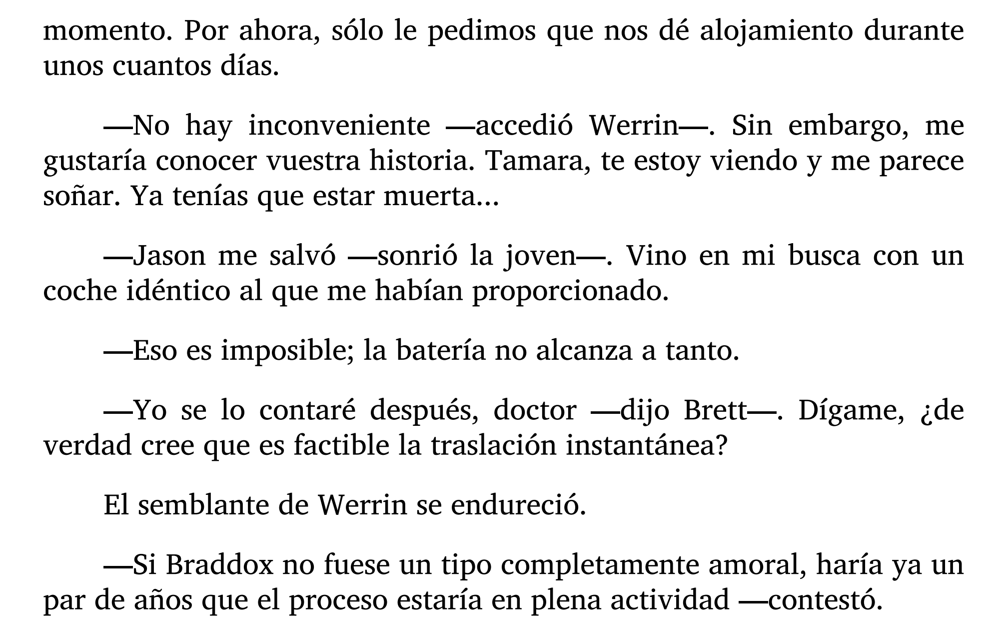
Brett se volvió hacia la joven.

—Valgo mucho, a lo que parece —sonrió.

—Doctor, hemos venido a hablar con usted muy seriamente —manifestó Tamara—. Si sabe lo que está pasando, se imaginará lo que vamos a pedirle.

—¿Me vas a pedir que asalte el laboratorio de Braddox?

—Pues... no estaría mal —dijo Brett, rascándose la mejilla con el pulgar—. Pero ése es un asunto que conviene discutir en otro


momento. Por ahora, sólo le pedimos que nos dé alojamiento durante unos cuantos días.

—No hay inconveniente —accedió Werrin—. Sin embargo, me gustaría conocer vuestra historia. Tamara, te estoy viendo y me parece soñar. Ya tenías que estar muerta...

—Jason me salvó —sonrió la joven—. Vino en mi busca con un coche idéntico al que me habían proporcionado.

—Eso es imposible; la batería no alcanza a tanto.

—Yo se lo contaré después, doctor —dijo Brett—. Dígame, ¿de verdad cree que es factible la traslación instantánea?

El semblante de Werrin se endureció.

—Si Braddox no fuese un tipo completamente amoral, haría ya un par de años que el proceso estaría en plena actividad —contestó.

—Luego queda confirmado que Braddox es un saboteador de sus propias investigaciones.

—De sus propios trabajos, que no es lo mismo.

—¿Cómo? —se extrañó Brett.

—Las investigaciones preliminares fueron realizadas por un grupo de científicos, del que yo, modestia aparte, era figura destacada. Pero andando el tiempo, Braddox empezó a intrigar... y todos fuimos apartados del laboratorio con un pretexto u otro. Es de suponer que Braddox era «teledirigido» por Bor-Pelh, de modo que sus propuestas de cese o traslado encontraron muy pocos obstáculos.

—Y se quedó él solo —murmuró Brett—. Doctor, ¿qué me dice usted del pozo de Goggesthar?

—Sólo una cosa, muchacho: sería la solución energética al planeta.

—Y ellos no quieren...

Brett se volvió hacia la muchacha.

—Tamara, tú te quedarás aquí, con el doctor —dijo.

Ella se alarmó.

—¿Es que te marchas? —preguntó.

—Sí, ahora mismo.

—¿Puedo saber, al menos, adónde vas?

Brett sonrió enigmáticamente.

—Voy a ver si encuentro otro colaborador —respondió.

CAPÍTULO VIII

La mujer entró en la casa y empezó a despojarse de su indumentaria por el camino hacia el cuarto de baño. Era alta, de senos redondos y firmes y amplias caderas. El pelo era muy rubio y, aunque sus facciones no eran de una gran belleza, resultaban sumamente atractivas por la expresión de simpatía que se advertía en ella constantemente.

Mowaia Ellin terminó de arrojar al suelo la última prenda de ropa, justo en la puerta del cuarto de baño. Cruzó la puerta, completamente desnuda y, de repente, se paró, creyendo en una ilusión óptica.

Delante de ella, en el espejo del lavabo, alguien había pintado con lápiz de labios una estrella atravesada por una flecha. La sargento Mowaia Ellin empezó a preguntarse quién era el autor de la broma.

—Dan por mi cabeza un millón y exención de impuestos de por vida —sonó de pronto una voz a sus espaldas.

Mowaia lanzó un chillido. Saltó hacia adelante y cerró la puerta del cuarto de baño.

—¿Quién eres? —gritó, a través de una minúscula rendija—. ¿Cómo te atreves...?

—¿Qué le pasaría a la bella sargento Ellin si alguien denunciase que puso una batería de repuesto en el coche de un condenado a la travesía del desierto de Nikkim?

Los ojos de Mowaia se desorbitaron. Abrió un poco más y contempló al hombre que estaba frente a la puerta del baño, con la sonrisa en los labios.

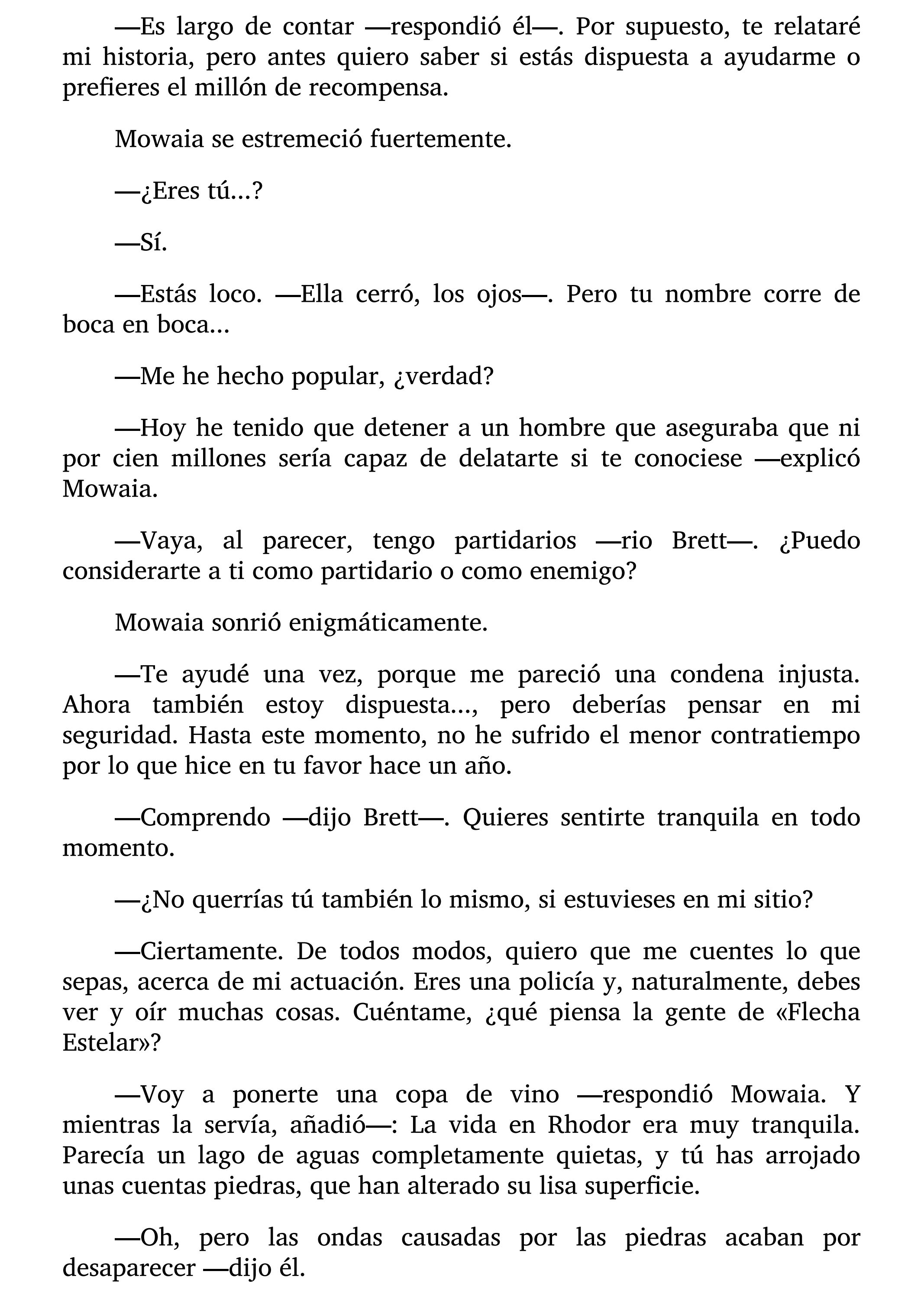
—No puedo creerlo... Debo de estar soñando...

—Soy yo, de carne y hueso —dijo Brett—. Anda, ponte una bata y sal; tenemos mucho de que hablar

—Sí, ahora mismo.

Mowaia salió instantes después y, acercándose al joven, le puso ambas manos sobre los hombros.

—Jason, dime, ¿qué ha sido de ti durante todo este tiempo?



—Es largo de contar —respondió él—. Por supuesto, te relataré mi historia, pero antes quiero saber si estás dispuesta a ayudarme o prefieres el millón de recompensa.

Mowaia se estremeció fuertemente.

—¿Eres tú…?

—Sí.

—Estás loco. —Ella cerró, los ojos—. Pero tu nombre corre de boca en boca…

—Me he hecho popular, ¿verdad?

—Hoy he tenido que detener a un hombre que aseguraba que ni por cien millones sería capaz de delatarte si te conociese —explicó Mowaia.

—Vaya, al parecer, tengo partidarios —rio Brett—. ¿Puedo considerarte a ti como partidario o como enemigo?

Mowaia sonrió enigmáticamente.

—Te ayudé una vez, porque me pareció una condena injusta. Ahora también estoy dispuesta…, pero deberías pensar en mi seguridad. Hasta este momento, no he sufrido el menor contratiempo por lo que hice en tu favor hace un año.

—Comprendo —dijo Brett—. Quieres sentirte tranquila en todo momento.

—¿No querrías tú también lo mismo, si estuvieses en mi sitio?

—Ciertamente. De todos modos, quiero que me cuentes lo que sepas, acerca de mi actuación. Eres una policía y, naturalmente, debes ver y oír muchas cosas. Cuéntame, ¿qué piensa la gente de «Flecha Estelar»?

—Voy a ponerte una copa de vino —respondió Mowaia. Y mientras la servía, añadió—: La vida en Rhodor era muy tranquila. Parecía un lago de aguas completamente quietas, y tú has arrojado unas cuentas piedras, que han alterado su lisa superficie.

—Oh, pero las ondas causadas por las piedras acaban por desaparecer —dijo él.

—Si las piedras se arrojan con gran frecuencia, no. Jason, no puedes imaginarte la cantidad de insultos que he tenido que escuchar

cuando detenía a aquel que te defendía. Eso no había pasado nunca antes de ahora.

—Lo cual quiere decir que la gente empieza a tomar conciencia de su situación. ¿Qué ha sido del alborotador?

Mowaia volvió a sonreír.

— Por fortuna, iba yo sola. Lo solté en cuanto dimos vuelta a la esquina más cercana —contestó alegremente—. Pero quizá en otra ocasión no pueda ser tan benevolente —calculó.

—Bueno, tú procura no hacerte sospechosa y no te ocurrirá nada. Mowaia, quiero pedirte un favor. No es cosa que corra mucha prisa, por lo que podrás actuar sin levantar sospechas, ¿entiendes?

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Procura que te nombren un día jefe de la guardia que vigila los laboratorios de Braddox. Eso es todo,

—¿Piensas asaltar ese lugar?

—Con tu ayuda, sí.

—Haré lo que pueda, aunque no estoy en condiciones de garantizar un plazo.

—Ya te he dicho antes que no corre prisa, aunque, eso sí, dentro de un tiempo prudencial. ¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí… De todos modos, me gustaría saber más cosas...

Brett se acercó a la mujer y aflojó el cordón de la bata. Luego metió las manos y acarició la carne tibia y perfumada.

Mowaia suspiró. Cuando aquellas manos se posaron sobre sus senos, elevó los brazos y rodeó el cuello de Brett.

—Tienes razón, hay tiempo de sobra para hablar —murmuró ardorosamente.

Brett buscó con los labios el cálido hueco entre el cuello y el hombro izquierdo.

—En estos momentos, el silencio es lo que más conviene —dijo.

* * *

—El plan es arriesgado.

Brett, ocupado en untar de mantequilla una rebanada de pan, no levantó siquiera la vista hacia el autor de aquella frase. Estaba sentado ante una mesa bien provista de comida y el doctor Werrin se hallaba frente a él. Tamara, en pie, le contemplaba con curiosidad.

—Es arriesgado, pero factible —dijo Brett al cabo.

—Tengo entendido que el laboratorio de Braddox está muy protegido. Lo estaba ya desde el momento en que se iniciaron los primeros experimentos —manifestó Werrin.

—Puedes inutilizar a un guardia, dos, pero una docena... —dudó Tamara.

Brett arreó un buen bocado a la rebanada de pan y cogió el asa de la taza que tenía al lado.

—Lo haré —dijo con la boca llena.

—¿Sobornando a alguno de los vigilantes? —preguntó Tamara burlonamente—. He sido oficial de policía, tú lo sabes. La fidelidad es absoluta...

—Sólo en determinadas circunstancias.

—A ver, explíquese —pidió Werrin.

Tamara frunció el ceño mientras estudiaba con gran atención el rostro del joven. Brett tenía unas ojeras muy pronunciadas, cosa que no le había visto nunca hasta aquel momento,

—Has estado fuera cuarenta y ocho horas —dijo.

—Minuto más o menos —admitió él.

—Y, seguramente, escondido en algún sitio…

—¿Importa eso mucho ahora?

De repente, Tamara creyó comprender. Conocía las relaciones existentes tiempo atrás entre Brett y la sargento Ellin, y las palabras que el joven había pronunciado resultaban muy significativas.

—La has vuelto a ver —dijo.

—He estado cuarenta y ocho horas en su casa. Tenía turno de descanso.

—Y no has salido a la calle en ningún momento.

—¿Para qué? —rio Brett.

—Pero, bueno, ¿se puede saber de qué están hablando? ¿Por qué no se explican con claridad de una vez? —exclamó Werrin, muy intrigado,

Tamara dio media vuelta y se alejó con paso rápido.

—Que se lo cuente él, doctor —dijo, con acento de viva irritación —. Quizá le cuente detalles muy sabrosos… de los que agradan especialmente en una conversación exclusivamente masculina.

Brett se quedó un tanto parado al observar la reacción de la joven.

—¡Diablos, no pude imaginarme nunca que lo que he hecho le supiera tan mal! —exclamó.

Werrin sonrió comprensivamente.

—¿Es guapa la sargento Ellin, Jason?

—Más que guapa, muy cariñosa —respondió Brett con acento evocador. Habían sido unas horas maravillosas para él y para Mowaia, era preciso reconocerlo,

Pero, de repente, se acordó de Faya y del hijo que no había llegado a tener, y sintió que su furia crecía súbitamente.

—Voy a explicarle en qué consiste mi plan, doctor —dijo.

—Te escucho, Jason —contestó Werrin gravemente.

* * *

El hombre dormía profundamente, boca abajo, y no se dio cuenta de que una mano retiraba la ropa de cama y dejaba su espalda al descubierto, hasta que sintió un tremendo golpe en las nalgas, que le hizo incorporarse de un salto, a la vez que lanzaba una exclamación de dolor.

El golpe se repitió. Rosvo Ponecki, ministro de Finanzas, se sentó en la cama, con los ojos llenos de lágrimas a causa del dolor que sentía en las posaderas.

—Hola —dijo Brett, situado detrás de su máscara—. ¿Le he hecho mucho daño?

—¿Quién es usted? —exclamó Ponecki—. ¿Cómo ha podido entrar en mi casa...?

—Señor ministro, ahorrémonos detalles —atajó el joven—. Concentrémonos mejor en lo que es más urgente.

Ponecki se sentía estupefacto. ¿Qué hacía aquel enmascarado en su dormitorio?

De pronto vio que el desconocido le ponía delante un papel, en el que había trazado un símbolo ya harto conocido.

—¡«Flecha Estelar»! —exclamó.

—El mismo, mi querido ministro de Finanzas, primer ladrón de Rhodor, aunque encubra sus robos bajo el nombre tan pomposo como injustificado de leyes tributarias. Soy ese desconocido sujeto, que ha adoptado el pseudónimo mencionado...

—Un forajido, un miserable, un... un…

—Todavía no he asesinado a nadie, como ustedes —cortó Brett enérgicamente—. No engaño al pueblo con falsas esperanzas sobre la traslación instantánea ni le desvalijo cobrando enormes sumas por algo que debería ser gratis para todos: la energía; ni tampoco propongo leyes que permitan aumentar los impuestos hasta cifras exorbitantes e insoportables para los contribuyentes..., pero ¿qué le puede importar a usted todo eso, si carece de conciencia?

—Procuramos ser justos, pero hay veces en que no siempre se consigue. Algunos tienen que ser perjudicados en beneficio de la mayoría.

—Eso no se lo cree ni el más cretino —contestó el joven despectivamente. Se inclinó hacia adelante—: Yo he visto llegar a los hombres de la PT y arrasar las cosechas y golpear a los que no podían pagar los impuestos... y hasta disparar sus armas y causar muertes. No, a mí no me engaña, ni tampoco engañarán a los rhodorianos por mucho más tiempo.

Ponecki empezó a sudar. Estaba solo en la casa. Los vigilantes debían de haber sido puestos fuera de combate o ya estarían allí, protegiéndole... Sus ojos aterrorizados contemplaron la pistola de choque que el enmascarado empuñaba firmemente.

—Por favor, no me haga nada... —gimoteó—. Le daré dinero... lo que me pida...

—No tema —dijo Brett—. Al menos, por mí, no va a sufrir ningún daño, aunque si algunas molestias. ¡Vuélvase boca abajo y permanezca quieto o tendrá que lamentarlo!

Ponecki obedeció instantáneamente. Cuando Brett se disponía a rasgar una de las sábanas del lecho, dos manos aparecieron bruscamente al otro lado.

Brett sonrió, con los ojos fijos en Tamara.

—Creí que seguía enfadada —dijo.

—Y continúo estándolo —respondió ella—. Pero nuestras diferencias personales no deber ser obstáculo para la labor que nos hemos señalado.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó Ponecki.

—No sea curioso —rezongó Brett—. Vamos, muchacha, empieza a rasgar sábanas.

Un cuarto de hora más tarde, Ponecki estaba completamente inmovilizado, además de amordazado. Brett se lo cargó al hombro y abandonó el dormitorio.

A la mañana siguiente, los transeúntes más madrugadores pudieron contemplar un singular espectáculo, en cierto modo, repetición de otro sucedido ya anteriormente. Sin embargo, había ciertas diferencias en la situación en que se encontraba Ponecki.

El ministro, al igual que le había ocurrido a Bor-Pelh, pendía de un árbol, sujeto por los sobacos. En el borde del jardín, junto a la acera, había un gran montón de pelotas de trapo. Junto a las pelotas, se veía un cartel con la siguiente inscripción:

DESAHOGUE SU INDIGNACION

POR LOS IMPUESTOS

TAN ELEVADOS QUE NOS COBRAN

TIRANDO GRATUITAMENTE UN PELOTAZO

AL MINISTRO DE LOS LADRONES

La firma, naturalmente, era la estrella cruzada por la flecha.

El primer pelotazo no tardó en llegar a su destino.

Un minuto más tarde, se había formado en aquel lugar una tremenda algarabía, debido a la cantidad de personas que ansiaban tirar una pelota al ministro de Finanzas.

Tuvo que llegar un nutrido contingente de policías para acabar con el tumulto y, aun así, no les resultó fácil, ya que la gente se encrespaba más y más y querían linchar al ministro. Por fin, sobrevino la paz y Ponecki pudo ser descolgado del árbol, medio muerto de pánico y con el cuerpo lleno de cardenales, causados por los pelotazos,

—¿No te habrás pasado un poco? —preguntó Tamara, convenientemente oculta, como el joven, en las inmediaciones del lugar de los hechos.

Una vez más, Brett volvió a pensar en Faya.

—No, y se merecía aún más, pero me conformo con lo que le han hecho —respondió sombríamente.

CAPÍTULO IX

El edificio de los laboratorios se hallaba fuera de la capital, en un lugar aislado, y estaba rodeado por una alta tapia, con una única puerta de acceso, constantemente vigilada por dos guardias armados. Junto al edificio principal, se alzaba una torre de entramado metálico, que no medía menos de ciento veinte metros de altura por treinta en la base, de sección cuadrada. La torre estaba rematada por un indescriptible conjunto de antenas, algunas de las cuales no tenían ningún parecido con las que se usaban corrientemente.

Mientras se acercaban a la entrada, Brett contempló la torre, una construcción de la que no disponían muchas personas en Rhodor. Por medio de aquella torre, Braddox podía ponerse en contacto con cualquier planeta que contase con instalaciones de radio y TV subespaciales; pero parte de aquellas antenas eran las que se utilizaban para los experimentos de traslación instantánea.

Brett pilotaba un aeromóvil, pero lo hacía volar a ras del suelo. Sobrevolar el recinto de los laboratorios era imposible; había un ingenioso sistema de anulación de energía de todo aparato que pasara por encima, a una altura inferior a los doscientos cincuenta metros. Brett lo sabía merced a los informes que le había proporcionado Mowaia y, en consecuencia, actuaba como lo hubiera hecho cualquier otro que se acercase al lugar con fines no hostiles.

El aeromóvil llevaba pintados en los costados los emblemas de una conocida empresa de suministros médicos. Brett detuvo el vehículo frente al gran portón de acceso y tocó un par de veces la palanquita de los faros delanteros.

A los pocos segundos, oyó una voz:

—¿Qué quiere?

—Suministros médicos para el profesor Braddox —respondió el joven, asomándose por la ventanilla lateral.

—Espere, lo consultaré con el jefe de la guardia —dijo el centinela.

Brett se hizo el distraído. Momentos después, se abría el gran portón.

—Avance —ordenó el vigilante—. Vaya muy despacio hacia la

parte trasera de los laboratorios y estaciónese allí.

Mowaia, de uniforme junto a la puerta, cambió una indiferente mirada con Brett. Luego, mientras el aeromóvil cruzaba muy despacio la entrada, se dirigió al centinela:

—No te molestes: yo me ocuparé de avisar a los ayudantes del profesor.

—Muy bien, sargento.

Brett guio cuidadosamente el aparato, hasta situarlo en el lugar adecuado. Entonces, saltó al suelo y esperó a que alguien saliera por la puerta posterior del edificio.

Un hombre, vestido con un mono blanco, surgió pocos minutos más tarde.

—No hemos hecho ningún pedido de material —dijo de mal talante—. Debe tratarse de un error...

Brett sonrió, a la vez que sacaba una pistola de choque.

—Nosotros traemos el material que no han pedido, doctor... ¿Cómo se llama este hombre, doctor Werrin?

—Caigill —contestó el aludido, a la vez que ponía los pies en el suelo.

* * *

Avrul Caigill se sentía estupefacto, sin acabar de dar crédito a lo que sucedía.

—Pero ¿qué...?

—Te lo explicaremos en otro momento, muchacho —le dijo Brett alegremente—. Doctor Werrin, usted conoce el camino, supongo.

—Sí, en efecto.

El asombro de Caigill se hizo aún mayor cuando vio aparecer a Tamara en la escotilla del aeromóvil.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—No te preocupes, jovencito. Tiempo habrá para explicaciones. Pero, por favor, no dejes de recordar mi pistola. Tengo un tic nervioso en el índice y el arma se me dispara con enorme facilidad.



—Por favor, no —suplicó Caigill, aterrorizado—. Haré todo lo que me ordenes...

Brett le puso la mano en el hombro.

—Camina, muchacho —ordenó, con aparente benevolencia.

—¿Está Braddox aquí? —preguntó Werrin.

—Sí, doctor. Precisamente, hoy mismo íbamos a hacer un nuevo experimento.

—Con un fracaso pronosticable, ¿verdad?

—Yo... —Caigill titubeó—. Braddox es mi superior y un hombre que sabe mucho más que yo, pero... en ocasiones... hace cosas que no...

—Vamos, que no te gustan porque no están bien, ¿verdad? —intervino Brett.

—Sí, pero, por favor, no me descubran; podría costarme un disgusto.

—Tranquilo, chico —dijo Brett. Se volvió hacia Tamara—. ¿Lo ves?, siempre es bueno tener amigos en todas partes. Hemos llegado en el momento justo, merced a esa buena amiga...

Tamara alzó la barbilla orgullosamente. Brett contuvo una sonrisa y siguió andando detrás de Caigill.

Momentos después, se detenían ante una puerta, sobre la que había encendida una lámpara roja.

—No se puede pasar —dijo Caigill.

—Nosotros sí —exclamó Brett, al mismo tiempo que hacía girar el pomo de la puerta.

Al otro lado había una esclusa de grandes dimensiones, con esterilizadores automáticos. Mientras cruzaban la estancia, los esterilizadores actuaron eficaz y silenciosamente sobre aquellas cuatro personas.

Luego, Brett abrió la puerta siguiente. Entonces sonó una voz chillona, de tonos poco amables:

—Caigill, ¿quién ordenó el pedido de material? ¿Les ha dicho que se vuelvan por donde han venido?

—No le hemos dejado, profesor Braddox —dijo el terrestre tranquilamente.

* * *

Al oír aquellas palabras, Braddox, inclinado sobre una consola de mandos, se irguió y giró en redondo. Varias personas de ambos sexos, todos vestidos de blanco, contemplaron a los recién llegados con curiosidad y aprensión al mismo tiempo.

—¿Quién es usted? —gruñó Braddox—. ¿Qué hace aquí con esa pistola?

—Apuntarle a usted, para hacerle saber que estoy dispuesto a matarle si no cumple mis órdenes.

Werrin extendió un brazo.

—Jason, déjame hablar —pidió—. ¿Me conoces, Braddox?

—¡Werrin! —exclamó el aludido—. Pero ¿qué es lo que pasa aquí?

—Te lo voy a explicar en pocas palabras. He venido para realizar el último de los experimentos que tú has hecho fracasar constantemente, sabiendo que podían haber tenido un éxito total desde hace al menos un par de años.

—No es cierto. Hago lo que puedo...

Werrin se acercó al cubículo de cristal, en donde yacía un hombre, casi completamente desnudo, sometido a una ligera narcosis.

—Braddox, estás en connivencia con el ministro de Energía —dijo acusadoramente después de una corta pausa—. A Bor-Pelh, uno de los principales accionistas de la «TRG», no le conviene que se llegue al éxito en la traslación instantánea. Sería su ruina y eso no lo puede consentir.

Werrin se volvió hacia Braddox.

—¿Cómo has podido caer tan bajo? —continuó—. Treinta y cuatro hombres han muerto a tus manos, con la excusa de que las investigaciones no estaban lo suficientemente adelantadas... Sí, ya sé que eran condenados, muchos de ellos por gravísimos delitos. Pero eso no hace menor tu culpa, profesor Braddox. El día en que se conozca la verdad, todas las personas decentes sentirán asco sólo de oír pronunciar tu nombre,

—¿Llegará ese día? —preguntó Braddox orgullosamente.

—Ha llegado ya —afirmó Brett.

Braddox lanzó un grito de cólera.

—Si intentan tocar uno solo de esos instrumentos...

Brett se acercó al científico y apoyó la boca del canon de la pistola en su frente.

—Profesor, le ofrezco la opción entre vivir, que puede conseguirlo estándose quieto, o viajar al infierno, si insiste en obstaculizar las acciones del doctor Werrin.

Braddox palideció horriblemente, porque se daba cuenta de que el intruso no bromeaba.

—Oiga, yo no quería... Me obligaron...

—¡Apártese! —ordenó Brett—. No me venga ahora con excusas cobardes, porque no le creeré en absoluto. —Miró al grupo de ayudantes—. Ustedes, colaboren con el doctor Werrin y procuren portarse correctamente, o el que haga algo que se salga fuera de lo normal, tendrá que lamentarlo. Doctor Werrin, cuando guste.

—Antes de empezar el experimento, me gustaría contemplar una proyección del último realizado —manifestó Werrin.

—Yo le traeré la grabación, doctor —se ofreció Caigill—. Doctor..., ¿de veras cree que se puede conseguir la traslación instantánea?

Werrin volvió los ojos hacia Braddox, quien permanecía inmóvil y silencioso en un rincón.

—Tu jefe consiguió que me echaran de este laboratorio, porque sabía que yo estaba en el buen camino —contestó.

* * *

Tamara sintió que se le revolvía el estómago al ver en la pantalla el resultado del último experimento. Aquel pobre hombre, convertido en un montón de pasta sanguinolenta...

Werrin pidió que le repitieran la grabación una vez más. Luego se volvió hacia Brett.

—Voy a examinar la consola de mandos —dijo—. Tengo la


sensación de que los indicadores están falseados.

—¿Seguro, doctor? —preguntó el joven.

—El proceso, al menos como se realiza hasta el momento, es absolutamente correcto. Sin embargo, adolece de cierta falta de energía, que puede estimarse entre un diez y un doce por ciento. Los instrumentos dan marcaciones correctas, pero…

—Vamos, es como un aeromóvil con el velocímetro «arreglado» para que marque más velocidad de la que lleva en un momento determinado —dijo Brett.

—Exactamente. Tú puedes viajar en ese aeromóvil y pensar que vas a trescientos kilómetros por hora, cuando la realidad es que viajas a doscientos setenta o doscientos sesenta y cinco. Por tanto, todos los cálculos de duración del viaje, te resultarán equivocados.

Brett hizo un amplio ademán con el brazo.

—Compruebe los instrumentos, doctor.

Werrin se volvió hacia Caigill.

—¿Quieres ayudarme? —solicitó cortésmente.

—Con mucho gusto, profesor.

Una hora más tarde, Werrin, arrodillado junto a la consola de mandos, se incorporó, sacudiéndose el polvo de las manos.

—Listo —dijo—. Es lo que yo me figuraba: menos energía de la que indicaban los contadores.

Brett asintió, a la vez que señalaba el cubículo;

—Doctor, se ha despertado el paciente —dijo—. Tranquilícelo, por favor.

—Claro, muchacho.

Werrin se acercó al cubículo y tomó un micrófono, conectado a un altavoz interior:

—¿Me oyes bien? —preguntó.

El sujeto hizo un gesto afirmativo. Dijo, algo, pero sólo se le vio el movimiento de los labios, sin que se oyera el menor sonido de su voz,

—El experimento saldrá bien —aseguró Werrin—. Dentro de unos minutos, estarás en la estación receptora de Folydor IV. Entonces, y de acuerdo con el trato que se te hizo, tu delito quedará cancelado y tú estarás en libertad. ¿Entendido?

Braddox asistía en silencio al desarrollo de los acontecimientos, devorando calladamente la rabia que le consumía. Tamara, por su parte, permanecía atenta y expectante, a la vez que ansiosa por contemplar la culminación del experimento.

Werrin regresó a la consola de mandos y empezó a manipular en los controles. A los pocos segundos, se encendieron varias pantallas de televisión, todas ellas conectadas con la estación receptora.

La tensión era enorme. Ahora había llegado el momento de comprobar o desechar definitivamente todas las teorías sobre la traslación instantánea de la materia, tanto orgánica como inorgánica.

CAPÍTULO X

Werrin rompió el silencio bruscamente al decir:

—Folydor IV, ¿me reciben bien?

—Claro y nítido, de sonido y de video —contestaron desde veintiocho años luz de distancia—. Pero... usted no es...

—Braddox se ha retirado momentáneamente, agotado por el exceso de trabajo, Soy el doctor Werrin, su sustituto.

—Encantado, doctor. Yo soy Krox. Estamos dispuestos a seguir el experimento.

—Muy bien. —Werrin tocó el contacto de una grabadora y recitó —: Experimento número treinta y cinco de traslación instantánea de materia, orgánica en el presente caso, desde Rhodor a Folydor IV. Sujeto del experimento, Dyng Ortutt, varón, veintisiete años, ochenta y seis kilos de peso, sin taras ni enfermedades actuales ni de gravedad las padecidas anteriormente. Me dispongo a iniciar el proceso de traslación instantánea.

Las manos de Werrin tocaron unas cuantas teclas más. Luego, tras una fuerte inspiración, presionó a fondo una tecla de color rojo.

—Iniciado el proceso de traslación instantánea —anunció.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Luego, de pronto, el cuerpo del paciente pareció perder consistencia. La carne se hizo translúcida primero y luego transparente. Se veían las venas, las vísceras, el corazón latiendo rítmicamente, los huesos…

Luego, todo el cuerpo fue esfumándose, como si se disolviera en la atmósfera del interior del cubículo, pero sin emisión de gases. Y un minuto más tarde, había desaparecido por completo.

Repentinamente se oyó una voz:

—¡Está aquí, doctor Werrin!

Brett levantó la vista hacia una de las pantallas. El paciente estaba allí, en el interior de otro cubículo análogo, moviéndose con absoluta normalidad. El doctor Krox se precipitó a abrir la puerta del cubículo. Llevaba un estetoscopio y auscultó rápidamente al sujeto, Al cabo de unos momentos se volvió hacia la cámara y agitó una mano

en señal de triunfo.

—¡Perfecto! —gritó—. ¡Ha llegado en perfectas condiciones!

Tamara aplaudió sin poder contenerse y lo mismo hicieron los ayudantes, incluido Caigill. Brett volvió la vista y apreció que Braddox no compartía la alegría general.

Werrin tomó el micrófono.

—Doctor Krox, celebro el éxito del experimento. Ya no cabe la menor duda de que la traslación instantánea es posible, ¿Darán la noticia en Folydor IV?

— ¡Por supuesto! —respondió Krox—. Esta misma noche se conocerá el resultado del sensacional experimento. Amigo Werrin, créame, la traslación instantánea va a cambiar la faz de la Galaxia.

—Yo también opino lo mismo —sonrió Werrin.

Por su parte, Brett se sentía abrumado, a la par que lleno de admiración por el resultado del experimento. En contados segundos, un hombre, sin necesidad de vehículo alguno, había recorrido una distancia de veintiocho años luz, doscientos sesenta y cinco billones de kilómetros en cifras redondas... Mareante, pensó, y difícil de asimilar por los espíritus sencillos.

La voz de Werrin cortó súbitamente sus reflexiones:

—¿Vamos, Jason?

Brett asintió. Miró a Braddox y sonrió.

—Ya no podrá ocultarlo, profesor —dijo—. Hoy mismo, todo el mundo sabrá que la traslación instantánea es perfectamente factible. Será una buena noticia, se lo aseguro.

Braddox lanzó un inarticulado rugido de ira. Durante unos momentos, permaneció quieto en el mismo sitio; luego, de repente, gritando como un demente, corrió a un armario y extrajo de su interior un pesado martillo, con el que se acercó a la consola de mandos.

—¡No! ¡No dejaré que esos miserables se aprovechen!

Alguien le arrebató bruscamente el martillo. Braddox, con ojos desorbitados, se volvió hacia su ayudante.

—¡Caigill, traidor!

—Si hay un traidor en este mundo es usted, profesor —respondió serenamente el interpelado—. Y no voy a permitir que destroce ningún aparato, porque ahora ya hemos visto qué clase de sujeto es usted.

Inesperadamente, Caigill disparó el puño. Braddox cayó fulminado.

Luego, Caigill paseó la vista a su alrededor.

—¿Alguna objeción? —preguntó, desafiante.

Los demás ayudantes callaron.

—Es una buena señal —sonrió Caigill.

Mientras, Brett guiaba el aeromóvil hacia la salida. Cuando ya llegaban a la puerta, uno de los soldados le preguntó por los motivos de su tardanza.

—Ahí adentro son muy quisquillosos y han estado comprobando el pedido con todo lujo de detalles —contestó Brett simulando cierto enojo.

—Vamos, abre y deja que se marche —ordenó la sargento Ellin. Miró a Brett y le guiñó un ojo disimuladamente. Brett contestó con una señal todavía más imperceptible. Luego, abierta ya la puerta, avanzó la palanca de mando y el aeromóvil empezó a moverse nuevamente.

* * *

—Hay una gran conmoción en las altas esferas —dijo Werrin un par de días más tarde. Había estado ausente de su casa y Tamara, al verle regresar, empezó a servirle una copa de vino.

—Se ha extendido la noticia, ¿eh?

—No se ha podido ocultar —sonrió el doctor—. A este respecto, el anuncio que se hizo en Folydor IV ha sido definitivo. Si el experimento se hubiese realizado entre dos estaciones situadas en Rhodor, Bor-Pelh y su cohorte de seguidores, habrían podido mantener una censura total sobre el caso. Pero no ha sido así y de ello debemos felicitarnos.

—Me pregunto por qué no hicieron los experimentos con dos estaciones situadas en Rhodor. ¿Qué opina usted al respecto, doctor?

—Bueno, en cierto modo, cayeron en su propia trampa al realizar los experimentos con la colaboración de Folydor IV. Pero es que, al mismo tiempo, aparecían como gente desinteresada, ansiosa solamente de luchar por el bien común.

—En resumen, ha sido una especie de tiro por la culata —sonrió Tamara.

—Pues… así podría definirse. Pero todavía hay más. Por si no lo sabes, te diré que el «clan» de Bor-Pelh no es el único, aunque, por el momento, sea todavía el más potente. Pero en el gobierno hay ministros que no están muy de acuerdo con la política de Bor-Pelh, a quien acusan de exceso de autoritarismo y de querer mandar más que el presidente, lo que, en muchas ocasiones, sí es cierto. Uno de los ministros que se le oponen más radicalmente es el de Materias Primas. Vengo de hablar con él.

—Eso es muy interesante —exclamó la joven—. ¿Qué le ha dicho?

—Quiere que me encargue de dirigir los trabajos de instalación de las primeras estaciones de transporte instantáneo. Sé que ha sostenido tremendas discusiones con Bor-Pelh, que quería quedarse con el monopolio del sistema, pero al final ha vencido, apoyado por el presidente.

—De modo que podemos considerar derrotado a Bor-Pelh.

—Oh, sólo de momento —dijo Werrin—. Bor-Pelh no es tonto y ha retrocedido ahora, sabiendo que tenía las cartas en su contra. Pero en cuanto pueda, volverá a contraatacar… y será preciso tener mucho cuidado, para que no acabe saliéndose con la suya. —Miró a un lado y otro—. ¿Dónde está Jason?

—¿Alguien me busca? —sonó en aquel momento la voz del joven.

Werrin y Tamara se volvieron hacia la puerta. Brett avanzó hacia el centro de la sala, con la sonrisa en los labios.

—¿De dónde sales, muchacho? —quiso saber Werrin.

—He estado haciendo una visita. Tenía que darle las gracias.

—A la sargento Ellin, supongo —dijo Tamara con acento despechado.

—Pues sí… Gracias a ella, pudimos entrar en el laboratorio y comprobar la bondad del sistema de traslación instantánea. Cuando

alguien me hace un favor, procuro agradecérselo… lo mismo que si me lo hubieras hecho tú.

Tamara se puso colorada, pero no pudo seguir. Werrin levantó una mano.

—Jason, supongo que «Flecha Estelar» ha pasado ya al olvido —dijo—. ¿Me equivoco?

—Si mis «servicios» no son necesarios…

Werrin explicó al joven los últimos acontecimientos ocurridos en el seno del gobierno. Brett hizo un gesto de aprobación.

—Muy bien, doctor; como usted ha dicho, «Flecha Estelar» ya no tiene razón de ser. Pero ahora tengo que pedirle un favor.

—Si está en mi mano, cuenta con ello.

—Dinero para un pasaje de vuelta a la Tierra. Todavía pasará un tiempo antes de que funcionen las estaciones de traslación instantánea y, de momento, tengo que conformarme con viajar en astronave.

—Ah, quieres volver a tu planeta.

—Sí, doctor.

—Muy bien, te daré el dinero. ¿Cuándo piensas marcharte?

—En la primera astronave en que haya una plaza libre —contestó Brett resueltamente.

Miró de reojo a Tamara. Ella no dijo nada. Estaba muy pálida y respiraba entrecortadamente, pero tenía los labios muy juntos, como si los apretase para evitar pronunciar una sola palabra.

* * *

—Su nave partirá el próximo día veintidós, a las siete quince, hora local, señor —dijo el hombre de la agencia de viajes, al entregar el pasaje al viajero,

—Gracias, amigo,

Brett guardó el pasaje en el bolsillo y dio media vuelta, encaminándose hacia la salida. Cuando cruzaba el umbral, se le acercó un hombre de uniforme.

—¿Jason Brett?

—Sí, soy yo.

—Capitán Uhrli, de la policía de Energía. Jason Brett, quedas arrestado.

—¿Por qué?

—Te lo dirán en el tribunal que ha de juzgarte. Acompáñame.

Brett miró a derecha e izquierda. No podía escapar.

Había seis guardias con el capitán Uhrli, todos ellos con la mano en la culata de la pistola. Brett suspiró y echó a andar hacia el aeromóvil policial que esperaba a pocos pasos de distancia.

El vehículo se elevó en el aire segundos después. Brett se preguntó qué tribunal le iba a juzgar ahora. No tenían pruebas contra él… aunque, bien mirado, en la ocasión anterior tampoco habían necesitado demasiadas pruebas para enviarle al desierto de Nikkim. Lo único que podía hacer era armarse de paciencia.

Un cuarto de hora más tarde, comprobó, asombrado, que salían de la ciudad. El piloto aceleró y el aeromóvil aumentó enormemente su velocidad.

—Capitán Uhrli —dijo Brett—, me parece que no vamos a un tribunal, sino a un lugar de ejecuciones.

—Lo siento, yo cumplo órdenes —respondió el oficial con voz neutra.

—¿De Bor-Pelh?

Uhrli no quiso contestar. Brett emitió una rotunda interjección.

—¡Ese bastardo…! Debí haberle rebanado el pescuezo en lugar de dejarlo suspendido del árbol. Mis problemas se habrían acabado ya y…

El aeromóvil volaba ahora a velocidades exorbitantes. El suelo se deslizaba con grandísima rapidez, casi como una mancha multicolor. Cuando llevaban un par de horas de vuelo, Brett distinguió a los lejos algo que brillaba como un espejo.

La altura de vuelo era de ochenta mil metros, lo que proporcionaba un enorme alcance visual. Cinco minutos después, Brett pudo identificar el lago en aquella superficie espejeante.

Los recuerdos se atropellaron en su mente. Había pasado un año y parecía un siglo. De las orillas de aquel lago había ido a parar junto al

pozo de Goggesthar y luego a una aldea donde había creído encontrar la felicidad...

El lago quedó a la derecha y la nave siguió avanzando. Pero antes de un cuarto de hora, inició un veloz descenso hacia la tierra.

Entonces, Brett divisó una columna de humo rojizo que subía desde el suelo y presintió cuál iba a ser el final de su viaje.

—Otra vez en Goggesthar —murmuró.

—Exactamente —confirmó Uhrli con maligna sonrisa.

Brett miró de reojo al oficial. Ya no le cabía la menor duda; Uhrli era uno de los más fieles secuaces de Bor-Pelh, capaz de hacer cualquier monstruosidad que se le ordenase, sin sentir el menor remordimiento, como si se tratase de una vulgar labor burocrática. Sí, Bor-Pelh era todavía un enemigo formidable y resultaba prematuro e imprudente considerarlo derrotado.

A medida que se acercaban a la tierra, Brett podía divisar más detalles de lo que había en el suelo. Vio un par de aeromoviles más, uno de los cuales era de carga, de gran volumen, provisto de pluma para cargar y descargar grandes pesos. En torno a los vehículos se movían varios hombres.

La nave tocó tierra por fin. Uhrli esposó repentinamente a su prisionero.

—No quiero correr riesgos contigo —dijo.

—Haces bien —contestó Brett sin alterar el tono de su voz—. Con las manos sueltas, soy muy peligroso.

Salieron de la nave. Uhrli le condujo hasta un hombre que había a pocos pasos de distancia, rodeado de varios guardias.

—Señor, el prisionero que me encomendaste capturar —dijo Uhrli.

Brett y Bor-Pelh se contemplaron recíprocamente.

—Volvemos a vernos, terrestre —dijo el ministro.

—Debí haberte colgado del cuello, en vez de por los sobacos —contestó Brett fríamente.

—Habrías acabado así con tus problemas, ¿no?

—Y con los problemas de otros muchos.

—Hombre, ya que los mencionas... Precisamente estás aquí, porque quiero conocer los problemas de otras personas, que tú ya sabes y que a mí me interesan sobremanera. ¿Empiezas a darte cuenta del estado de la cuestión?

—Un poco —respondió Brett—. Pero ¿tiene esto algo que ver con el yacimiento de *Ultrauranium* que estoy viendo ahí?

—Sí —confirmó Bor-Pelh—, tiene mucho que ver con el pozo de Goggesthar.

CAPÍTULO XI

Bor-Pelh hizo una corta pausa antes de continuar:

—Te has confiado mucho en los últimos tiempos, «Flecha Estelar». Podías haber pensado que, aunque me sorprendiste por mi exceso de confianza, yo no iba a quedarme quieto mucho tiempo. Tengo un cuerpo de guardias que en su inmensa mayoría me son absolutamente fieles, y muchos contactos en todas partes, de modo que no tuve más que echar a andar la maquinaria, para iniciar la búsqueda del hombre que quiso burlarse de mí. Ha costado un poco, pero al fin lo he conseguido.

—Sí, estoy aquí —convino Brett con amplia sonrisa—. Y te ha costado un poco y, a pesar de todo, no pudiste evitar que Braddox fuese desenmascarado y que se supiese la verdad de lo que hacía en su laboratorio.

—Precisamente ahí es donde conseguir la mejor pista —dijo Bor-Pelh—: El laboratorio estaba muy bien protegido y me extrañó que tres personas entrasen y saliesen de él con tanta facilidad. Ello sólo podía explicarse de una forma: contaban con la complicidad de alguien que les facilitó el paso.

Brett apretó los labios. Adivinaba lo que iba a seguir a continuación.

—Te recordaba muy bien, por otra parte —continuó el ministro —. Tuve que pasar muchas horas en cierto archivo, hasta que encontré tu fotografía. Entonces supe que el Tribunal Penal Experimental te había condenado a la travesía del desierto de Nikkim. Era imposible que te salvaras, pero estabas aquí... luego eso significaba que alguien te había ayudado también en aquella ocasión,

Bor-Pelh disfrutaba hablando. A Brett le dio la sensación de que era el gato jugando con el indefenso ratón.

—Un sargento de la policía te condujo al borde del desierto —prosiguió Bor-Pelh—. Ese mismo sargento estaba de guardia el día en que asaltaste el laboratorio.

Ató cabos y... la sargento Ellin confesó.

—La has torturado —dijo Brett roncamente.

—Es una mujer muy fuerte, pero, claro, ha acabado por ceder.

Brett dio un paso hacia adelante, pero varias manos le retuvieron en el mismo sitio.

—Te haré pagar esas torturas —dijo furiosamente.

Bor-Pelh soltó una risita.

—No estás en condiciones de amenazar, sino de hacer lo que yo te ordene —manifestó fríamente.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy. ¿Cuáles son los planes del doctor Werrin?

Brett parpadeó, asombrado ante aquella pregunta, que le resultaba totalmente inesperada.

—¿Lo... los planes? —dijo, incrédulo, con voz entrecortada.

—Sí —insistió Bor-Pelh—. En estos últimos tiempos, te has convertido en el hombre de confianza de Werrin...

Brett rompió a reír súbitamente.

—Pero, por todos los diablos... tú, un miembro distinguido del gobierno, jefe de un ministerio del que se dice tiene más importancia que la misma presidencia...

Bor-Pelh adelantó el busto.

—Werrin ha sido nombrado director de investigaciones del ministerio de Materias Primas. Ese ministro no me tiene ninguna simpatía y, aunque he intentado sonsacarle, no ha querido decirme qué planes tiene, porque, hasta ahora, nadie sino él y Werrin saben lo que se va a hacer.

—Entonces, si sólo lo saben el ministro y Warren, es inútil que me preguntes nada —dijo Brett.

—Yo me refería a personal del ministerio. Pero tú si tienes que saber cosas, porque Werrin te las ha contado.

—No sé nada...

—Brett, tengo medios para obligarte a hablar —amenazó Bor-Pelh.

—¿La tortura, como en el caso de Mowaia Ellin?

Bor-Pelh sonrió de un modo extraño. Entonces, volviéndose de pronto, hizo un además con el brazo.

La grúa de la aeronave de carga empezó a girar, para situarse sobre la boca del pozo de «U-u». Algo colgaba del gancho y, al verlo, Brett sintió que se quedaba sin aliento.

La cosa que colgaba del gancho era Mowaia Ellin.

* * *

Mowaia pendía de un arnés que le permitía cierta libertad de movimientos, aunque no podía liberarse por sí misma. Vio a Brett y agitó ligeramente una mano en señal de reconocimiento.

—¿Vas a lanzarla al pozo, Bor-Pelh? —preguntó el joven, pasados los primeros momentos de sorpresa.

—Si no hablas, sí.

—Supongamos que te digo todo lo que quieres saber. ¿Qué garantías tengo de que la dejarás libre? Fíjate bien, no pido nada para mí, sino para ella.

—Después de que hayas hablado, yo volveré a la capital para comprobar si lo que me has dicho es cierto. Una vez lo haya comprobado, tú y Mowaia quedaréis en libertad.

—¿Puedo confiar en tu palabra?

Bor-Pelh levantó la mano derecha. Brett hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, hablaré.

—Ven, sígueme —ordenó el ministro.

Momentos después, entraban en una de las aeronaves. Uhrli quedó en la puerta. Mowaia había sido apartada del pozo, aunque continuaba suspendida de la grúa.

—El ministro de Materias Primas va a pedir tu procesamiento y también pedirá que procesen al ministro de Finanzas... —empezó Brett su parlamento.

Habló durante media hora seguida. Bor-Pelh se sentía atónito. Todo lo que escuchaba le parecía increíble.

—Absolutamente irrealizable —calificó, cuando el joven hubo

terminado de hablar.

Brett se encogió de hombros.

—Vuelve a la capital y compruébalo —dijo—. Yo me quedo aquí.

Bor-Pelh se mordió los labios. Luego, de pronto, se puso en pie.

—¡Capitán Uhrli! —gritó.

La puerta se abrió en el acto.

—¿Señor? —dijo el oficial.

—Tengo que volver a la capital. Los prisioneros quedan a tu cuidado.

—Sí, señor.

—Desde la ciudad te enviaré un mensaje.... una simple palabra de dos letras. Sí, significará que tienes que arrojarlos al pozo. Si digo que no, los pondrás en libertad, ¿entendido?

—Perfectamente.

Brett hizo un gesto con las dos manos juntas.

—Por favor, ¿no podrían llevarme al lado de Mowaia?

Uhrli consultó con la mirada a Bor-Pelh, quien hizo un gesto de asentimiento. Luego, recogiéndose la túnica con gesto brusco, Bor-Pelh abandonó la nave y se encaminó a la que debía llevarle a la ciudad.

* * *

Brett buscó una toalla, la mojó y luego la pasó por la frente y las mejillas de Mowaia.

—Yo quería callar..., pero no pude resistir... —Ella sollozaba quedamente—. Tuve miedo al dolor... Tendrás que perdonarme mi cobardía, Jason...

—A nadie se le puede exigir que haga más de lo que es capaz —contestó el joven—. No tienes que reprocharte nada, te lo aseguro.

—Ese hombre... es un verdadero demonio...

Mowaia estaba tendida sobre una litera y se incorporó de pronto. El gesto le arrancó un pequeño grito de dolor.

—Se ensañaron conmigo —dijo—. Pero ¿qué es lo que quería de ti, Jason?

Brett sonrió de mala gana.

—Le he contado la mayor sarta de mentiras que he podido inventarme en los días de mi vida —contestó—. Pero tenía que ganar tiempo.

—¿Ganar tiempo?

—Sí. No sé nada, apenas, de lo que él me preguntó, pero si le hubiera contestado negativamente, no me hubiera creído y a ti te habría arrojado al pozo. Por eso preferí fingir que sabía muchas cosas.

—Y cuando se dé cuenta de que le has engañado...

—Entonces, llamará al capitán Uhrli, le dirá «sí» y nos arrojarán al pozo.

Mowaia hizo un esfuerzo y se sentó en la litera.

—Visto desde arriba, causa verdadero horror —murmuró—. Jason, ¿no se te ocurre ninguna idea para escapar de aquí?

Brett enseñó sus manos, todavía unidas por las esposas.

—Estoy inutilizado —respondió.

—¿Y si tuvieses las manos libres?

—Bueno, intentaría escaparme... Golpearía a un centinela, procuraría huir en las sombras de la noche o apoderarme de un aeromóvil...

—¿Y después?

—La caída política de Bor-Pelh es cuestión de tiempo, más o menos largo, y yo estaría escondido hasta tener la certeza de que ha dejado de constituir un peligro. Werrin tiene ahora influencias en el ministerio de Materias Primas y..., ¿comprendes, Mowaia?

Ella asintió a la vez que se ponía en pie. Hizo un par de muecas, flexionó las rodillas unas cuantas veces y luego, de pronto, asió las muñecas de Brett.

—Aguanta, Jason.

Mowaia dio un seco tirón, accionando ambas manos en sentido

contrario. La cadena que unía ambas argollas se partió con ligero tañido metálico.

Brett se sintió estupefacto. Mowaia sonreía maliciosamente.

—No me tomes por una hércules con faldas —dijo ella—. Hace tiempo, un delincuente me enseñó el truco con este tipo de esposas, que padecen un defecto estructural, más patente aún en la cadena que une las argollas debido a una fabricación deficiente. Todas no han sido retiradas de la circulación, ¿sabes?

—Increíble —murmuró el terrestre.

—Estas te las puso Uhrli —rio Mowaia—. Se ve que no está acostumbrado a hacer muchas detenciones; de lo contrario, ya dispondría de nuevas esposas. Bien, ya tienes las manos libres. ¿Y ahora?

—Ahora... —Brett se acercó a la puerta y movió la cabeza—. Acuéstate. Finge estar en malas condiciones. Quéjate, pero sin gritar, gimiendo sordamente.

—De acuerdo.

Brett golpeó la puerta. Alguien abrió a los pocos instantes.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre de mal talante.

—Esa mujer. Está muy mal. Si muere...

—¡Si muere, que se vaya al infierno! —contestó el guardia brutalmente.

Entonces, dos manos se dispararon con tremendo ímpetu y asieron el cuello del policía, haciéndole dar un salto que le obligó a cruzar el umbral de la puerta. Brett apretó un poco más y luego, girando sobre sí mismo, lanzó al hombre contra la pared opuesta.

Mowaia se había levantado ya y corría hacia el guardia, al que despojó instantáneamente de la pistola.

—¡Vámonos, Jason!

—Espera —pidió el joven—. No puedo irme así...

Arrebató el arma a Mowaia y se acercó al policía, que permanecía aturdido, encogido sobre sí mismo.

—Quiero que llames al capitán Uhrli —dijo—. Hazlo u morirás.

El hombre se levantó torpemente. Con el cañón de la pistola en los riñones, caminó hasta el corredor, en donde había un interfono.

—Capitán, venga inmediatamente al camarote de los prisioneros —dijo.

—Está bien —contestó Uhrli.

Brett agarró al policía por un brazo y tiró de él nuevamente. Con los nervios en tensión, aguardó junto a la puerta que había dejado entreabierta.

Uhrli llegó momentos más tarde. El guardia estaba junto al umbral, impasible, sin hacer el menor gesto de aviso, previamente advertido por Brett. Uhrli entró en el camarote y, de repente, se vio con el cañón de una pistola bajo las narices.

—La llave de las esposas, capitán —pidió el joven con brillante sonrisa—. Como ve, tengo las manos libres, pero no me gusta llevar pulseras.

Mowaia surgió por detrás y desarmó al capitán. Los dientes de Uhrli crujieron audiblemente.

—Pagarán caro...

—La llave —exigió Brett, inflexible.

Uhrli se resignó.

—No podrán ir muy lejos —dijo—. Les buscaremos...

—Capitán, está usted apostando por el caballo perdedor —cortó el terrestre—. Los días de esplendor y poderío de Bor-Pelh han pasado ya. Su caída es inevitable y será más estruendosa cuanto más tarde... lo que, de todos modos, no tardará mucho. —De un manotazo le hizo girar en redondo y, bruscamente, ordenó—: ¡Caminen! ¡Quiero echarles a todos fuera de la nave!

Uhrli y sus acólitos se vieron constreñidos a obedecer. Minutos más tarde, la nave, pilotada por Brett se elevaba hacia las alturas.

CAPÍTULO XII

El doctor Werrin regresó muy contento a su casa.

—Bor-Pelh ya no es ministro —anunció—. El presidente ha firmado su cese.

—Buena noticia —dijo Tamara—. Le felicito.

—Tu caso va a ser revisado. Te repondrán en tu cargo...

—No lo quiero. No quiero volver a la policía ni ser diputado nuevamente —contestó Tamara.

—Vaya, me sorprendes. Pensé que... Pero si ésa es tu decisión, no hay más que decir. Como comprenderás, no voy a forzarte, aunque sí me gustaría pedirte que fueses mi secretaría privada.

—Gracias, doctor. Tendré que pensármelo.

Werrin estudió durante unos segundos el hermoso rostro de Tamara.

—¿Tiene tu actitud algo que ver con la marcha de Jason?

—Por favor —dijo ella con voz crispada.

Werrin meneó la cabeza.

—Hombres como él harían falta en Rhodor —murmuró—. Sus acciones han sido un revulsivo, que consiguió sacudir la modorra y la conformidad en que vivían las gentes de este planeta. Las cosas van a marchar mucho mejor a partir de ahora y todo se lo deberemos a él.

—Si, al menos, debemos concederle ese mérito —convino la joven.

—Y todavía hay más: se ha desenterrado, valga la frase, un estudio sobre el aprovechamiento de esa inagotable fuente de energía que es el *Ultrauranium* de Goggesthar. La explotación minera es anticuada y de escaso rendimiento; ahora podría hacerse por medio de emisiones de energía radiante, dirigidas a satélites situados en una órbita estacionaria, que harían a modo de postes repetidores y que reexpedirían la energía a las estaciones distribuidoras terrestres. Es un proyecto muy ambicioso y de costosa inversión básica, pero una vez en funcionamiento, los beneficios obtenidos amortizarían los gastos en

muy pocos años.

—En medio de todo, no deja de ser una buena noticia —sonrió Tamara.

—Bien, ya no hay más que hablar. Mañana empiezo mi trabajo en el ministerio, para desarrollar el procedimiento de traslación instantánea. Caigill será mi ayudante principal, pero... me gustaría tenerte como secretaria.

—¿He de darle la respuesta ahora, doctor? —consultó la joven.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Tras unos segundos de vacilación, Tamara cruzó la sala y abrió.

—¿Vive aquí una mujer llamada Tamara Gölh? —dijo el hombre que estaba ante la entrada.

—Sí, yo soy.

—Verás, señora... Vengo de parte de un amigo tuyo... Es un terrestre que llama Jason Brett... Resulta que se vendió el pasaje de vuelta a la Tierra y... Bueno, parece que se metió en juerga hasta que se quedó sin dinero... Además, consumió más de lo que podía pagar,.. En resumen, el dueño del local lo tiene encerrado y le hace trabajar hasta cobrarse la deuda... Me dijo que viniese a buscarte y que te pidiera ayuda...

Desconcertada, Tamara se volvió hacia el científico. Werrin sonreía ladinamente. Ella comprendió que la decisión estaba en sus manos y que no podía esperar consejo de Werrin.

—Está bien —dijo al cabo—. Llévame adonde está ese sinvergüenza...

—Rómpele una jarra en la cabeza cuando lo veas —aconsejó Werrin.

—Lo haré, descuide —contestó la muchacha, cuando ya cruzaba el umbral de la puerta.

* * *

Chorreando agua por todos los poros de su cuerpo, Mowaia salió del agua y se inclinó a un lado, para agarrar su larga cabellera y escurrirla. Un poco más allá, Brett, tendido lánguidamente a la sombra, contemplaba sonriente a su atractiva compañera.

—El agua está muy buena —dijo ella—. ¿Por qué no te das un baño?

—Lo hice esta mañana, cuando tú dormías aún —replicó Brett—. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal te sienta esta vida salvaje?

—Eso sí que es volver a las fuentes primitivas —contestó Mowaia —. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto…, pero ¿cuánto más vamos a seguir en esta situación? —añadió, repentinamente preocupada.

Brett volvió la vista hacia la aeronave, oculta bajo las copas de los árboles e invisible por tanto para cualquier observador aéreo.

—¿Tienes prisa por volver a la ciudad? —preguntó,

—Lo que quiero es salir de la incertidumbre. Son demasiados días ya, casi dos semanas, y aún no sabemos nada…

De pronto, se oyó un extraño tañido metálico, de tres tonos muy agudos. Mowaia, todavía con los cabellos en las manos, miró hacia la nave, de donde brotaba aquel extraño sonido.

—¿Qué es eso? —preguntó Brett.

—La señal de llamada para órdenes muy secretas —dijo Mowaia.

—¿Van a darnos órdenes a nosotros? —se extrañó él.

—No lo sé, pero esa señal se produce aun cuando todos los receptores estén desconectados y siempre indica una gran urgencia.

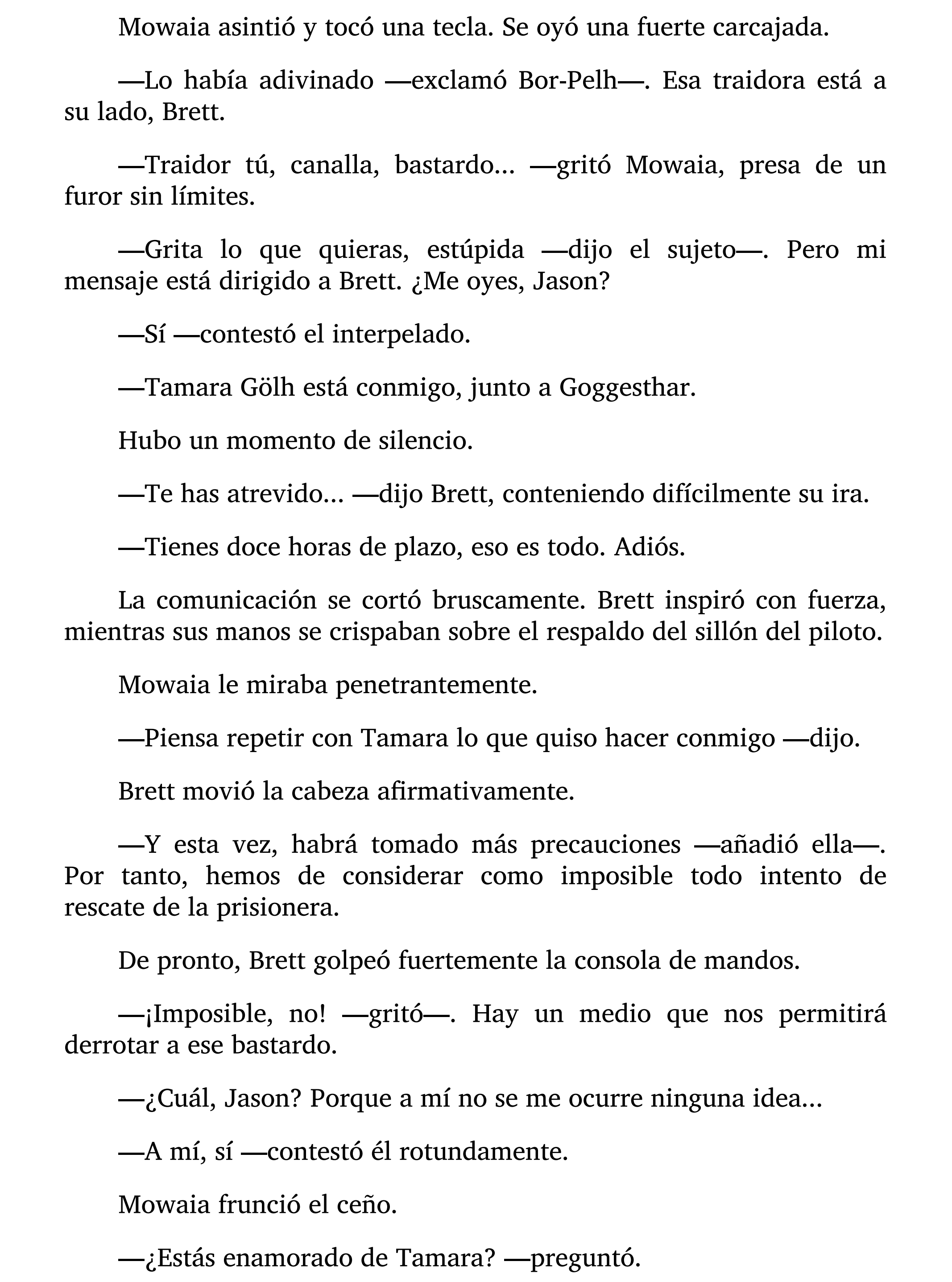
—Entonces, convendría averiguar quién quiere dar órdenes secretas y urgentes —dijo Brett, a la vez que se ponía en pie de un salto.

Los dos corrieron hacia el aeromóvil. Todavía desnuda, Mowaia se acercó al cuadro de mandos y tocó una palanquita.

Los tañidos cesaron en el acto. Mowaia se volvió hacia el joven y le indicó silencio, mediante el dedo colocado ante los labios. Brett hizo un gesto de aquiescencia. Luego esperaron, pero no por mucho tiempo.

A los pocos segundos se oyó una voz conocida:

—¿Jason Brett? Soy Bor-Pelh. Sé que me está escuchando, porque tiene al lado a Mowaia Ellin y ella le habrá mencionado el código secreto de llamadas urgentes. Si lo que digo es acertado, pídale a Mowaia que envíe la señal de «buena recepción».



Mowaia asintió y tocó una tecla. Se oyó una fuerte carcajada.

—Lo había adivinado —exclamó Bor-Pelh—. Esa traidora está a su lado, Brett.

—Traidor tú, canalla, bastardo... —gritó Mowaia, presa de un furor sin límites.

—Grita lo que quieras, estúpida —dijo el sujeto—. Pero mi mensaje está dirigido a Brett. ¿Me oyes, Jason?

—Sí —contestó el interpelado.

—Tamara Gölh está conmigo, junto a Goggesthar.

Hubo un momento de silencio.

—Te has atrevido... —dijo Brett, conteniendo difícilmente su ira.

—Tienes doce horas de plazo, eso es todo. Adiós.

La comunicación se cortó bruscamente. Brett inspiró con fuerza, mientras sus manos se crispaban sobre el respaldo del sillón del piloto.

Mowaia le miraba penetrantemente.

—Piensa repetir con Tamara lo que quiso hacer conmigo —dijo.

Brett movió la cabeza afirmativamente.

—Y esta vez, habrá tomado más precauciones —añadió ella—. Por tanto, hemos de considerar como imposible todo intento de rescate de la prisionera.

De pronto, Brett golpeó fuertemente la consola de mandos.

—¡Imposible, no! —gritó—. Hay un medio que nos permitirá derrotar a ese bastardo.

—¿Cuál, Jason? Porque a mí no se me ocurre ninguna idea...

—A mí, sí —contestó él rotundamente.

Mowaia frunció el ceño.

—¿Estás enamorado de Tamara? —preguntó.

—Si tú estuvieras en su situación, haría también cualquier cosa por rescatarte —Fue la efusiva respuesta del joven.

Mowaia suspiró. Era lo suficientemente sensata como para no ver

con claridad la situación anímica de Brett y, en consecuencia, sabía que la rebelión era perfectamente inútil.

—Gracias —dijo—. Pero ¿cuál es tu plan?

Brett sonrió.

—Lo primero que hemos de hacer es vestirnos, preciosa —contestó—. Mientras tanto, habremos de felicitarnos por el excelente y bien provisto almacén de repuestos y suplementos de que dispone este aeromóvil.

* * *

—Se acerca un aeromóvil, capitán —informó el radarista de guardia en el cuarto de control.

—No le pierdas de vista —ordenó Uhrli,

—Sí, señor.

Uhrli salió al exterior. Bor-Pelh se paseaba nerviosamente por la explanada contigua al pozo de «U-u».

—Ya vienen, señor —informó.

Bor-Pelh detuvo sus paseos.

—¿Seguro?

—Sí, señor.

Un altavoz tronó:

—Aeromóvil detectado, acercándose a veinte por hora y diez metros de altura, a dos mil metros de distancia.

—¿Por qué tan despacio y tan bajo? —murmuró Bor-Pelh, intrigado.

—Es de noche, señor —dijo Uhrli—. Supongo que Brett no querrá correr ningún riesgo.

Bor-Pelh levantó la vista hacia la pluma de la grúa, de la que colgaba una figura femenina, muy cerca del borde del pozo. Sonrió complacidamente.

—Aunque intente jugarnos una mala pasada, ella no podrá librarse aseguró Bor-Pelh—. Caerá al pozo y…

—El aeromóvil está llegando —informó el observador.

Los reflectores encendidos iluminaban claramente la escena, haciendo menos intenso el resplandor rojizo que brotaba del gigantesco pozo. De pronto se oyó la voz de Brett:

—¡Bor-Pelh, estoy aquí! ¡Suelta a Tamara o te mataré!

Bor-Pelh se echó a reír.

—No estás en condiciones de amenazar, sino de hacer lo que yo te ordene. Baja de la nave con las manos en alto y hablaremos.

—¡No tienes nada que hablar con él, Jason! —gritó Tamara desde la grúa—. ¡Ya no es ministro! ¡Ya no tiene ninguna autoridad!

Brett respingó ligeramente.

—Bor-Pelh, ¿te das cuenta de que ahora, más que nunca, estás fuera de la ley?

—La ley me importa un rábano —contestó el sujeto abruptamente.

—Entonces, sólo te interesa la venganza. Porque es lo único que puedes conseguir.

Bor-Pelh vaciló.

—Me engañaste miserablemente. Todo lo que me contaste era una sarta de mentiras —dijo.

—Algo tenía que hacer, ¿no? y ahora, tú, sólo disfrutarás de la venganza, pero es el único placer que podrás obtener. Te declararán proscrito, ordenarán que te capturen y te juzguen...

—No te preocupes de mi futuro. Preocúpate del tuyo... y de Tamara.

—Jason, vete, aléjate —gritó Tamara—. Al menos, sálvate tú.

Brett sonrió en las tinieblas. El aeromóvil seguía acercándose lentamente al campamento.

—¡Bor-Pelh! —llamó.

—¿Qué quieres ahora?

—Prepárate a contemplar la última actuación de «Flecha Estelar» —dijo el joven.

El aeromóvil surgió bruscamente a la luz de los focos. Entonces, todos los presentes pudieron ver a Brett, situado en el techo del aeromóvil.

Bor-Pelh lanzó un grito de furor al comprender las intenciones del terrestre.

—¡Disparad, disparad! —gritó.

Pero la misma mole del aparato representaba un obstáculo contra los proyectiles y así lo comprendieron Uhrli y sus secuaces. Guiada por control remoto, la nave se situó justo bajo la pluma de carga.

En un instante, Brett soltó los atalajes de Tamara. Luego la hizo tenderse sobre la pulida superficie del techo de la nave.

—¡Listos, Mowaia! —gritó.

La nave retrocedió unos metros. Luego se inclinó a un lado.

Brett lanzó un grito. Tamara chilló. Los dos resbalaron sin poder evitarlo y rodaron por la hierba.

—¡Mowaia! ¿Te has vuelto loca? —gritó Brett furiosamente.

—No estoy loca —contestó ella, desde la oscuridad, con el aparato de control remoto en las manos—. Ahora verás...

La nave se estabilizó y luego retrocedió un poco. Uhrli y sus hombres corrían hacia allí, pero, de repente, dieron media vuelta al ver que el aeromóvil se precipitaba hacia adelante a toda velocidad y a ras del suelo.

Uhrli gritó desesperadamente una fracción de segundo antes de recibir un tremendo golpazo en la espalda. Cuando cayó al suelo, ya no sentía nada.

Los demás guardias escaparon en todas direcciones, aterrados por la carga de aquel monstruo vengador. Bor-Pelh intentó huir también, pero la nave le cerró el paso, acosándole implacablemente, sin hacerle la menor concesión. Una vez intentó eludir el ataque y hasta lo consiguió en parte, pero cuando se rehízo, vio que estaba a pocos pasos del borde del pozo.

Entonces, intentó escapar lateralmente, pero ya era tarde. El aeromóvil le golpeó en pleno pecho, lanzándolo por los aires. Voló un poco, cayó al suelo junto al borde, pero el impulso recibido era demasiado grande y no pudo resistirlo. Dio un par de vueltas sobre sí

mismo y se precipitó en el abismo.

Luego sólo hubo silencio durante unos minutos, roto al fin por la voz imperativa de Mowaia:

—Tenéis una nave disponible. Volved a la capital.

Sumisos, incapaces de la menor reacción, los guardias supervivientes subieron a la nave de carga y se alejaron de aquel lugar.

* * *

Cuando el hombre entregaba su pasaje en el puesto de control, alguien agarró su brazo y tiró de él con fuerza.

—Conque estás dispuesto a volver a la Tierra.

Brett se volvió.

—La nave zarpa dentro de una hora —contestó.

Tamara enseñó algo.

—He tomado un pasaje —sonrió.

—Ah, quieres conocer mi planeta.

—Tengo curiosidad. Dicen que hay muchas cosas bonitas.

—Psé, como en todas partes...

—A pesar de todo, nunca está de más conocer nuevos paisajes.

—Hay sitios que te gustarán, desde luego. Pero ¿no te quedas con Werrin?

—Quizá, a la vuelta... Por ahora, prefiero no trabajar. —Tamara le mira intensamente—. ¿Te molesta que viaje a la Tierra?

Brett entornó los ojos.

—Estabas dispuesta a morir por mí —dijo.

Ella enrojeció.

—Sí —contestó—. Aunque no te lo merecías...

—Por favor —dijo el empleado—, sigan discutiendo, pero fuera del paso; aquí estorban.

Brett asió el brazo de la muchacha.

—En la vida de todo hombre llega el momento de decir alto. Ya lo he dicho.

—Y no te acordarás más de Mowaia.

—Ha ascendido a teniente. Está muy contenta con su trabajo.

—Y no te acordarás jamás de Mowaia —insistió Tamara.

—Por supuesto. Ella es una chica sensata y ha sabido comprender.

—Así es mejor. Jason, dime, ¿por qué viniste a Rhodor?

Brett sonrió maliciosamente.

—Los aires de la Tierra no me sentaban bien —contestó—. Tuve una discusión con un tipo, acerca del reparto de una cantidad de dinero y él quiso matarme, pero yo le quité el arma y le di una fenomenal paliza. Tenía muchos amigos y juzgué conveniente ahuecar el ala durante algún tiempo.

—Ahora te esperarán... —dijo ella, aprensiva.

—No; todos están en la cárcel para un montón de años. No hay riesgo alguno.

—Bueno, se nos está haciendo tarde —sonrió Tamara—. ¿Vamos, Jason?

Brett asintió. Mientras caminaba hacia la refulgente astronave que se hallaba parada en la pista de despegue, con Tamara colgada de su brazo, no pudo por menos de evocar la serie de aventuras que había corrido en aquel planeta, al que había llegado en busca de refugio tranquilo y apacible.

Todo había pasado ya, se dijo. Incluso Faya, la dulce y cariñosa Faya muerta por un brutal esbirro, era ya sólo una imagen agridulce que se desvanecía gradualmente en la hondura del tiempo.

Aquello era pasado. Tamara, a su lado, era el presente y el futuro.

FIN